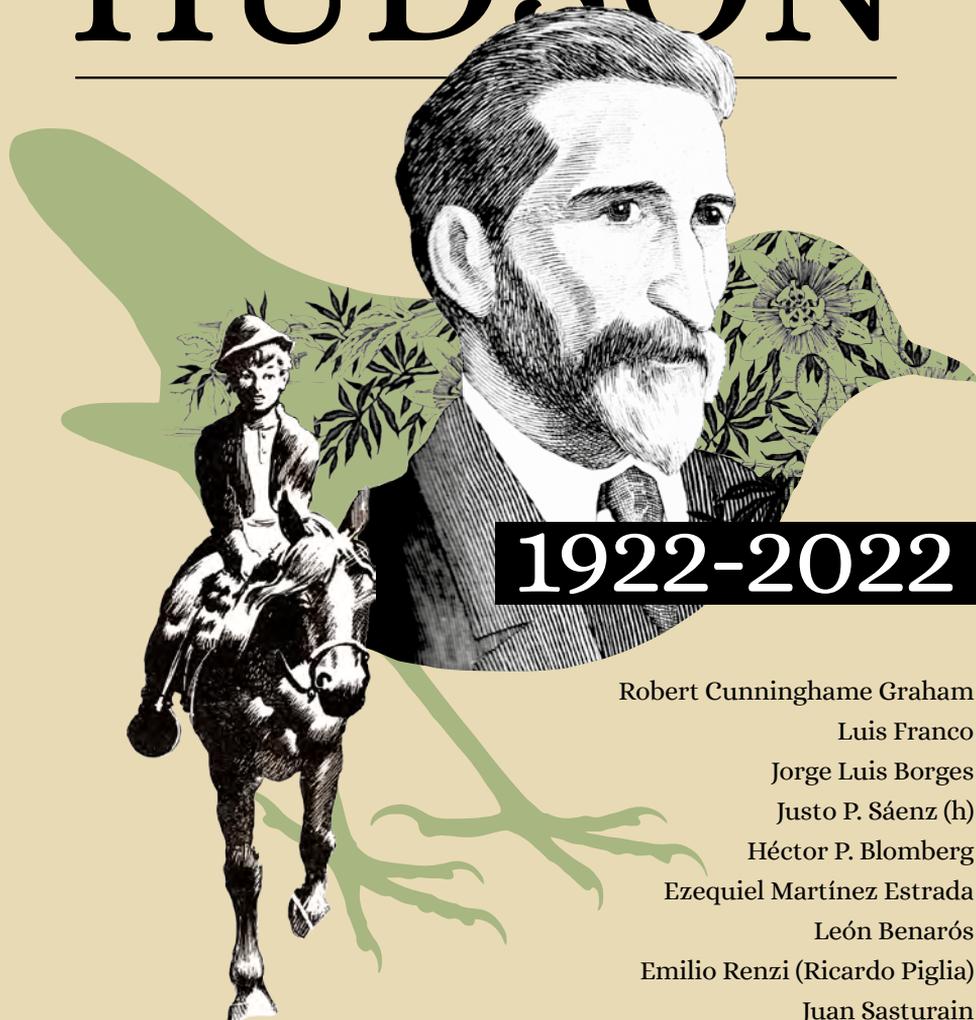


Guillermo Enrique HUDSON



1922-2022

Robert Cunninghame Graham

Luis Franco

Jorge Luis Borges

Justo P. Sáenz (h)

Héctor P. Blomberg

Ezequiel Martínez Estrada

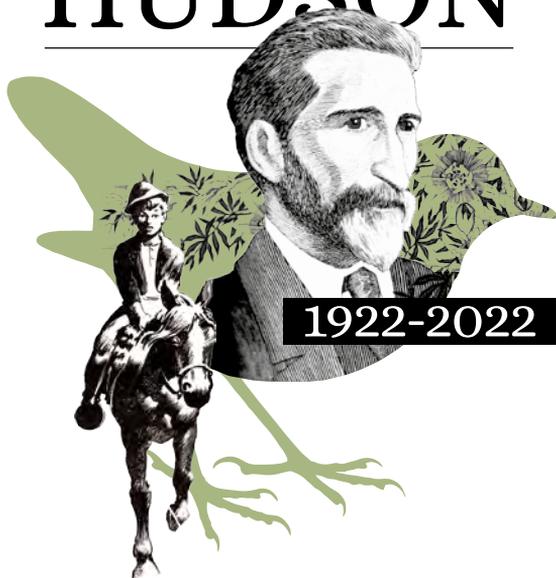
León Benarós

Emilio Renzi (Ricardo Piglia)

Juan Sasturain

Eduardo González Lanuza

Guillermo Enrique
HUDSON



Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Guillermo Enrique Hudson : 1922-2022 / compilación de Carlos Fernández Balboa.-
1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2022.

96 p. ; 21,5 x 16,5 cm.

ISBN 978-987-728-147-7

1. Literatura. I. Fernández Balboa, Carlos, compilador. II. Título.

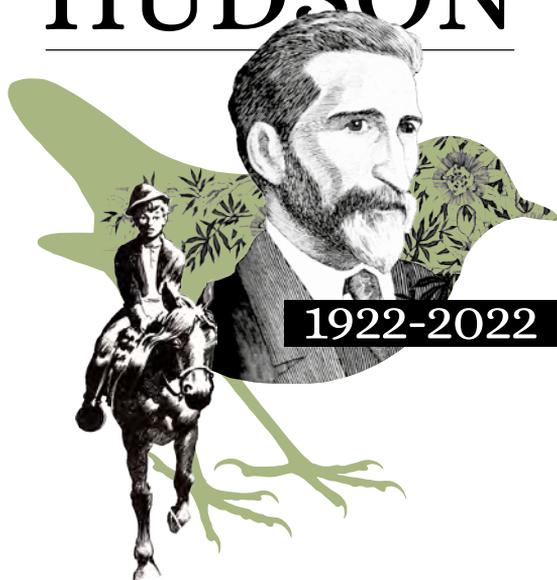
CDD 860.9982

© 2022, Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Agüero 2502 (1425EID) CABA
www.bn.gob.ar

ISBN978-987-728-147-7

Impreso en Argentina
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Guillermo Enrique
HUDSON



Agosto - Septiembre 2022



ÍNDICE

Una literatura feliz

Guillermo David

6

**Centenario de la muerte
de Guillermo Enrique Hudson**

Rubén Ravera

8

Hudson vuelve

Carlos Fernández Balboa

10

Allá lejos y hace mucho tiempo

Robert Bontine Cunninghame Graham

15

Los sentidos de Hudson

Luis Franco

23

Nota sobre *The Purple Land*

Jorge Luis Borges

31

**Itinerarios de Hudson en la
provincia de Buenos Aires**

Justo P. Sáenz (h)

37

| | |
|---|-----------|
| Las mujeres de <i>Allá lejos y hace tiempo</i> Héctor Pedro Blomberg | 47 |
| Estética y filosofía de Hudson Ezequiel Martínez Estrada | 53 |
| Guillermo Enrique Hudson, un adorador de la naturaleza, un gran escritor y un quilmeño universal León Benarós | 65 |
| Hudson: ¿un Güiraldes inglés? Emilio Renzi (Ricardo Piglia) | 75 |
| El insoslayable Hudson Juan Sasturain | 81 |
| El gorrión de Londres Guillermo Enrique Hudson | 86 |
| Obras completas de G. E. Hudson | 90 |

Una literatura feliz



A los 33 años, Guillermo Enrique Hudson migró, casi sin quererlo, en forma definitiva, a Inglaterra. Dejaba atrás una vida y una lengua pamperas que habría de reconstruir en su literatura bajo el signo de la añoranza. Debemos a esa extraña desdicha confesada la gratitud por sus textos, en los que la pasión por la naturaleza animizada por él adquiere el relumbre de una suave mitología. Ese “argentino que escribe en inglés”, como dijo Borges, brindó a las letras una vasta

saga de textos que rezuman autobiografía transmutada en relampagueantes visiones infantiles, descripciones aventuradas de un naturalista que vuelve a los pájaros seres de una zoología fantástica, y ficciones más o menos alegóricas que, pese a los cambios en nuestros hábitos de lectura, perduran con una rara insistencia.

Mucho se ha escrito y discutido sobre la distancia justa requerida para narrar situaciones o sucesos cuya proximidad alienta parcialidades o cegueras involuntarias que

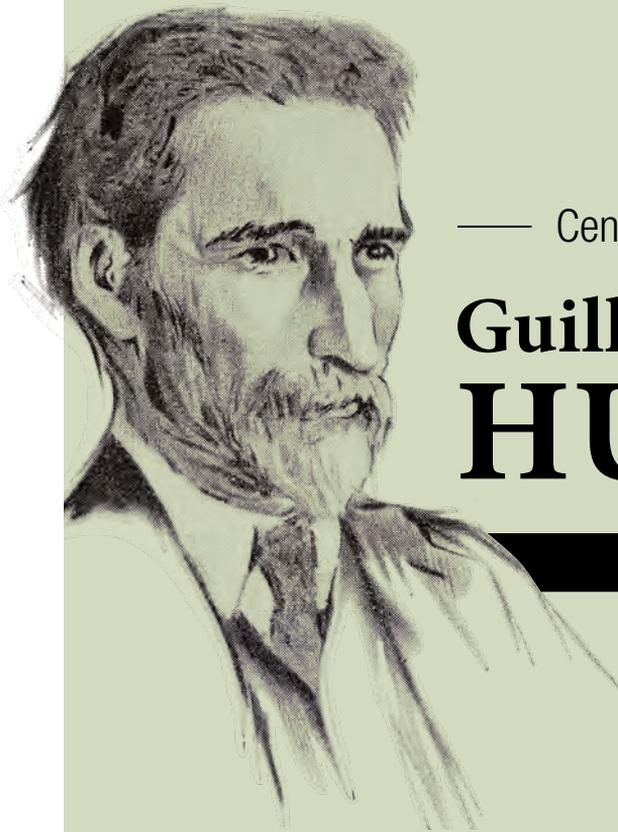
laceran su régimen de verdad. En el Corán no hay camellos, iluminaba otra vez Borges. Ese extrañamiento mínimo y necesario que permite dar cuenta de realidades no por conocidas menos ajenas ha encontrado en la mirada extranjera una condición que habilita verosimilitudes a la hora de narrar, en nuestro caso, la circunstancia argentina. En esa senda y no sin exageración y tintes irónicos, Ricardo Piglia llegó a afirmar que el mejor escritor argentino es Witold Gombrowicz. Más sensatamente, los estudiosos del género nacional por antonomasia, la gauchesca, estipularon que es la voz del gaucho capturada por sus enemigos —los estancieros— la que le da vida. El caso de Guillermo Enrique Hudson resuelve todas esas aporías y dilemas. Su obra es la versión exacta del tono ajustado al mundo campero, cuyas peripecias naturales y humanas narra en un *continuum* en el que se anudan naturaleza e historia, y pese a que el inglés es tanto su lengua literaria como su público supuesto, reúne la suficiente cercanía y a la vez la distancia exacta en tiempo, espacio y sustrato cultural que definen la precisión y lucidez de su estilo. Conciso, Borges (una vez más) lo definió de un plumazo: en Hudson hay una literatura, de las pocas o únicas en nuestras letras, ciertamente feliz. Esa felicidad no solo radica en sus historias de una simpleza sobrecogedora sino, y acaso sobre todo, en

el tono amable —con el lector, en primer lugar— que consigue. Si la consumación de una escritura la realiza el lector, en un acto de catarsis íntima, en el que su conciencia navega en la ficción que le es ofrendada, sin duda es Hudson quien ha alcanzado cimas de gratitud en aquellos que, entregados al hechizo de su estilo, habitan los universos que propone. Que su lengua sea el inglés es un detalle que al correr de las páginas cualquiera olvida. Martínez Estrada, uno de sus grandes devotos junto a Borges, Luis Franco y Juan Sasturain, entre tantos otros, observó que en sus textos vertidos al castellano acaso anide la posibilidad de una refundación de nuestras letras, por su afinidad con las tensiones que la afligen, las que suelen condensarse en la dialéctica de Civilización y Barbarie.

Sin duda, es en los libros del paisano de Los Veinticinco Ombúes donde Argentina ha producido ficciones soberanas, en las que su trama vital es acuñada con trazos indelebles. A un siglo de la desaparición física del gran escritor, concebida conjuntamente con el Museo Hudson, esta exposición ofrece el registro de su obra y el impacto que ha propiciado en nuestra cultura.

Guillermo David

Director Nacional de Coordinación Cultural,
Biblioteca Nacional Mariano Moreno



— Centenario de la muerte de —

Guillermo Enrique HUDSON

(1922-2022)

Guillermo Enrique Hudson nació en la Argentina el 4 de agosto de 1841. Hoy su solar natal en la localidad de Florencio Varela es un activo museo histórico dependiente del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, que recibe público local e internacional y custodia el paisaje original y auténtico que el gran naturalista y escritor bonaerense describió en su narración autobiográfica *Allá lejos y hace tiempo*. Este argentino que vivió hasta pasados sus 32 años en la pampa prístina y solitaria del siglo XIX, transcurrió su madurez y vejez en el Reino Unido, donde falleció el 18 de agosto de 1922, dejando una monumental obra literaria y científica en idioma inglés. Pero ¿cuál fue el aporte medular de Guillermo E. Hudson?

En primer lugar, están sus obras completas, que constan de veinticuatro tomos que abordan tanto el ensayo riguroso de historia natural como los textos de ficción, con extraordinarias novelas y cuentos. Pero su obra no acaba allí, también abarca lo institucional como directivo de la Real Sociedad para la Protección de las Aves de Londres y su lucha por la defensa de la naturaleza. En este sentido la Real Sociedad inspiró el estudio de los pájaros en todo el mundo. Como consecuencia, en la Argentina se creó la Asociación Ornitológica del Plata (actual Aves Argentinas), de la que fue presidente honorario a la distancia en 1916. Pero insisto, Hudson fue mucho más que un “ornitólogo de campo” como se lo ha conocido habitualmente. Su contribución a lo que hoy entendemos como ecología y movimiento ambiental tuvo un lugar permanente en su prédica, adelantándose por décadas a la mayoría de los naturalistas y ensayistas de su época y del siglo XX. Por ese motivo, el devenir del tiempo, antes que tornar perecederas o provisionales sus ideas, lo consolidó como un pensador que construyó un corpus ideológico a favor de los seres humanos de hoy y del futuro. En este sentido, sus palabras han sido pioneras y proféticas, y su valor radica en la conjunción de arte y pensamiento científico, que combina estética, emoción y rigor conceptual.

Este centenario debería ser un punto de inflexión en nuestra mirada sobre la obra y la figura de Guillermo E. Hudson para así transformar los relatos gauchescos, las semblanzas de época, las narraciones históricas y las detalladas descripciones de pájaros y animales en una reflexión que nos dé pistas sobre el derrotero que la humanidad debe seguir para preservar y restaurar la biosfera planetaria. Quizás ese sea el rol protagónico y definitivo que le tiene reservado la historia. Es decir, debemos revalorizar la figura de Hudson y su proficua tarea en consonancia con el cambio climático y las consecuencias que traerá aparejado si no se toman las decisiones correctas en materia de política ambiental.

Quiero agradecer a la Biblioteca Nacional y a su director Juan Sasturain por conmemorar el centenario de la muerte de Hudson, brindándoles a los argentinos un estímulo para releer las páginas de *El ombú*, *El naturalista en el Plata*, *Días de ocio en la Patagonia* y tantos otros libros. Y al mismo tiempo ofrecerles la posibilidad de pensar, en sintonía con el viejo Hudson, nuevas alternativas a favor de la Madre Tierra, por el bien de todos y todas.

Rubén Ravera
Director del Museo Histórico Provincial
Guillermo Enrique Hudson

Hudson vuelve



A propósito de la conmemoración del centenario de la muerte de Guillermo Enrique Hudson, nos parece oportuno acercar al público una serie de textos raros y dispersos que sobre él escribieron importantes autores argentinos. Esta compilación es apenas una selección de los más de seiscientos recortes periodísticos que se encuentran en el archivo del Museo Histórico Provincial Guillermo Enrique Hudson, casa natal del escritor ubicada en Florencio Varela.

A partir de la visita del premio nobel de literatura, Rabindranath Tagore, a la Argentina en 1924 y de que este le manifestara a Victoria Ocampo que Hudson era uno de sus escritores favoritos, se produjo una revitalización de la imagen de nuestro naturalista en el ámbito literario argentino que se vio reflejada en notas y publicaciones en los principales periódicos y revistas. De hecho, *Allá lejos y hace tiempo*, quizá su libro más conocido, tuvo una enorme difusión entre 1945 y 1954, con tiradas

de miles de ejemplares que llegaban a las escuelas de todo el país. Esta difusión no volvió a repetirse salvo puntualmente y con mucha menor intensidad en las efemérides que recordaban los números redondos del nacimiento y la desaparición del gran narrador de la pampa.

En esta oportunidad la selección incluye una serie de piezas periodísticas de difícil hallazgo que combinan la trayectoria de los escritores que abordan el personaje con una mirada diversa sobre él, cubriendo tanto sus aspectos naturalistas y literarios como personales.

Su amigo, el escritor, político y dandi escocés Robert Cunninghame Graham, nos obsequia el prólogo de *Allá lejos y hace tiempo*, solicitado por otro hudsoniano tenaz, Fernando Pozzo, para la obra más popular de Hudson. El escritor catamarqueño Luis Franco baja de las sierras a la pampa para describir la importancia de los sentidos y el arte en la pluma de su poético *Hudson a caballo*. Jorge Luis Borges rubrica su conocida frase “*La tierra purpúrea* es uno de los libros más felices de la literatura argentina”, en una nota anticipatoria publicada en el diario *La Nación* en 1941. Justo P. Sáenz (h) realiza un original recorrido por los paisajes por donde Hudson transitó

y con erudición gauchesca nos transporta de la literatura a la geografía pampeana. El poeta Héctor Pedro Blomberg, autor de “La pulpera de Santa Lucía”, señala la importancia de la visión femenina en *Allá lejos y hace tiempo* y nos invita a revisar esta tendencia positiva en toda la obra hudsoniana. Ezequiel Martínez Estrada es, probablemente, quien escribió la biografía más sentida, cálida y humana: *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*. En el artículo que compartimos realiza una semblanza de la filosofía hudsoniana que mantiene el tono y el estilo de su conocida biografía. León Benarós, en su enorme y prolífica obra de historiador y cronista, no podía obviar a Hudson; aquí lo rescata para la zona de Quilmes, ratificando las palabras de León Tolstói acerca de que, si pintas tu aldea, tendrás una dimensión universal.

La actualidad e importancia de la obra de Hudson se expresa en los análisis literarios de autores y pensadores contemporáneos como lo son Juan Sasturain y Ricardo Piglia. Cada uno analiza y describe situaciones que van desde la identidad hasta el estilo literario o el aporte del criollismo a nuestra cultura, y define el permanente debate acerca de cuán argentino es el autor nacido en la actual localidad de Florencio Varela.

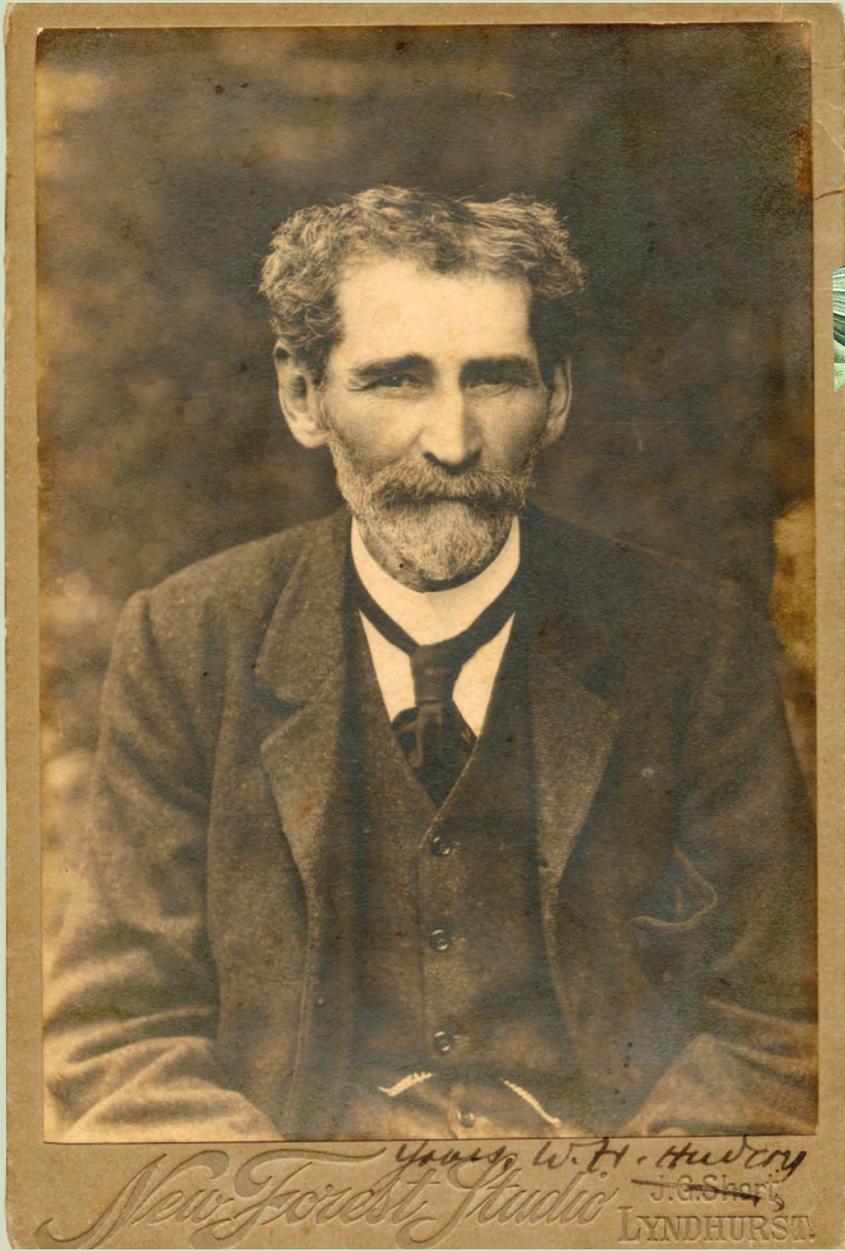
Finalmente reproducimos una de las pocas obras poéticas que Hudson escribió y que fue precozmente conocida: “El gorrión de Londres”, traducida por Eduardo González Lanuza para el diario *La Nación* en 1941.

Sumamos a estas miradas un listado bibliográfico completo de las obras publicadas por quien consideramos el más importante naturalista de nuestro país y quien modificó, sin proponérselo, la literatura inglesa de comienzos del siglo veinte.

Que los cien años de muerte de Hudson sean una excusa para que los argentinos se reencuentren con la vida y la obra de este intérprete de la pampa y nos permitan, también, acercarnos a la belleza con la que plasmaba con absoluta identidad nuestra naturaleza, parte de nuestra literatura y una permanente preocupación por el entorno. Es nuestra ilusión que leer o releer a Hudson nos traiga algo de la felicidad que tanto necesitamos como pueblo.

Carlos Fernández Balboa (compilador)
Museólogo del Museo Histórico Provincial
Guillermo Enrique Hudson





Young, W. H. Hudson
New Forest Studio J. G. Sharp's
LYNDHURST.



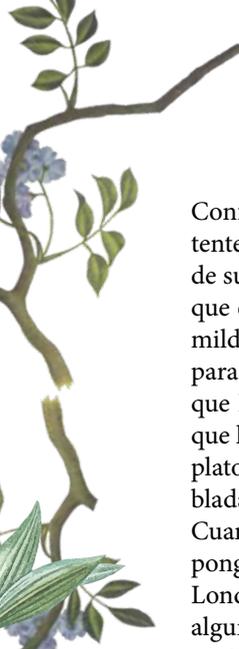
Allá lejos y hace mucho tiempo

Por Robert Bontine Cunninghame Graham
Traducción de Oscar Gohan



De todos los libros que escribió Hudson, este es, acaso, el que refleja mejor su propia personalidad. Ha de haberlo escrito con el mismo espíritu con que escribió *The London Sparrow*, afanosamente, en el triste ambiente de ladrillo y argamasa, de calles húmedas de alquitrán, con la mirada puesta en los brillantes pájaros que había conocido allá lejos y hace mucho tiempo.

El título es hermoso en sí; pero Hudson fue siempre feliz en la elección de sus títulos: *The Purple Land*, *Green Mansions*, *El ombú*, *A Hind in Richmond Park* y *Birds in London*. Él mismo fue un pájaro en Londres, preso en la enfermedad y en la pobreza, imposibilitado de huir, sino en raros intervalos, a su propio mundo de luz y de aire. Como esos necios crueles que, según dicen (y quizá creen), sacan los ojos a los pájaros para hacerlos cantar más dulcemente, así un mundo cruel había apresado a Hudson en su jaula de Londres. Por suerte, no obstante su desconsideración hacia un genio tan extraordinario, no pudo anular su canto. Muchos han escrito acerca de su gran sencillez, de su arrimo a la naturaleza y de su estilo que parece tan espontáneo como el trino y el gorjeo del ruiseñor.



Confieso que, durante mucho tiempo, tanto yo como una autoridad más competente, Joseph Conrad, estuvimos desconcertados. Conrad, que escribió con sangre de su alma, envidiaba a menudo la maldita facilidad de Hudson. Yo también creía que él se sentaba y escribía y escribía sin corregir hasta que la mucama de su humilde pensión, entreabriendo la puerta con una mano roja y sucia, metía la cabeza para decir: “Mr. ‘Udson, señor, su sopa se está enfriando”. Entonces me imaginaba que Hudson respondía: “Ah, ¿la sopa? Oh, sí, gracias”, y seguía escribiendo hasta que la muchacha volvía otra vez para decirle que no le gustaba arruinar los buenos platos. Tenía yo olvidado el dicho de Lord Byron: “su fácil escribir lo hace endiablidamente difícil de leer”.

Cuando Hudson partió para juntarse con su viejo zaino en Trapalanda, donde supongo que cabalgan felices —el uno por no sentir más el hedor de las calles de Londres, el otro por no sufrir más la cruel espuela que “lo fastidia”—, pude ver algunos de sus manuscritos. Corregidos y vueltos a corregir, parecían un dibujo de Muirhead Bone de algún gran edificio en construcción con su andamiaje a la vista. Conrad había muerto y no me fue posible consolarlo con la prueba de que Hudson no era excepción a la ley de dolor y lágrimas del alumbramiento.

Galsworthy, en su hermosa introducción a *Far Away and Long Ago*, en las obras completas de Hudson, se ha ocupado de su comunión con la naturaleza, de su sensibilidad y de su estilo literario. Todo lo que dice es exacto, y lo que dice del estilo es quizá la mejor definición de ese don, que no es un arte, pues proviene de la naturaleza, como el sentido del color o la buena mano para el caballo.

Ciertamente Hudson lo poseía como el cóndor tiene el don de cernerse en la enrarecida atmósfera de los altos Andes. En ambos casos no se trata de una cosa adquirida, sino congénita, tanto en el pájaro como en el hombre, desde que usaron las alas el uno, la pluma el otro.





Es posible que “la verdadera superioridad y el extraordinario atractivo de Hudson provengan de su espíritu y de su filosofía”. Lo concedo. Para mí, su asombroso atractivo —sin contar todos los otros dones: su estilo, su humor apacible, su sarcasmo y su espíritu panteísta— se debe a que en su corazón fue un viejo gaucho de las llanuras.

Si sus obras perduran, como lo merecen, destacándose igual que la extraña luz que a veces se fija por un instante en la punta de los enormes y secos cardales de la pampa tras el viento norte que trae el pampero (“Norte duro, pampero seguro”), vivirán por lo que Hudson ha escrito sobre sus llanuras nativas. Aquí y solo aquí alcanzó plena expresión su genio.

Siempre he creído que cuando Hudson escribía sobre Inglaterra y la campiña inglesa, por bien que lo hiciera, mejor quizá que Gilbert White o Richard Jefferies, todavía estaba, como dicen los gauchos, bailando en las plumas. Verdad que sus plumas eran tan livianas que apenas si le entorpecían la danza, pero por poquito que fuera,



daba la impresión de que al escribir pensaba acaso en las tierras de sol, en las lagunas frecuentadas entonces por bandadas de aves: cigüeñas, garzas, íbices, flamencos, espátulas, becacinas, perdices, innumerables patos salvajes y cisnes magallánicos de cabeza negra.

A veces casi he creído que él no pensaba; solo dejaba correr su pluma como evocando la antigua vida que era su destino no volver a ver nunca más.

En verdad, yo sabía, como lo sabían Conrad y el mismo Hudson, que esos pasajes que parecían exhalados como sin querer sobre el papel, debieron costar infinitas penas; pero es difícil dejar de creer en los milagros. Nadie, ni aun los argentinos que han escrito sobre su propio país en su lengua nativa, han escrito acerca de la pampa mejor ni tan bien como Hudson, que hace unos sesenta años la dejó —casi

intacta desde la creación del mundo— para pasarse la vida en Bayswater y no volver a verla más.

La pampa, donde ambos hemos pasado nuestra juventud, es lo que más me atrae en la obra de Hudson. Descuento el estilo, la sensibilidad, el arte seminconsciente —inconsciente no, porque el arte no es ni será nunca del todo inconsciente— y se los cedo a todos aquellos que nunca conocieron la pampa. Ellos pueden apreciar la literatura, el amor a la naturaleza, la simpatía por todo ser viviente, la filosofía de la vida, el giro de la frase, el profundo humor, como el curso de una corriente subterránea apenas visible, moviéndose, sin embargo —*eppur si muove*—; pero hay algo que ellos no alcanzan. Para apreciarlo, tendrían que haber visto ese mar de pasto agitado en ondas por el viento norte, que llena el aire de pelusas como restos del algodón flotante de un molino, extendiéndose por un millar de millas hasta el pico de los Andes y bajando hasta Punta Arenas.

Tendrían que haber cabalgado durante horas respirando el aire ardiente, bajo el sol abrasador refractado del suelo reseco; o en el invierno, envueltos en sus ponchos, haber temblado sobre el lomo de sus caballos, calados por la lluvia hasta la piel.



Tendrían que haber seguido una tropa de ganado, sofocados por el polvo; o en un caballo chúcaro haber perseguido guanacos o avestruces.

Sentados sobre cabezas de buey, ante un fuego de bosta y cardo, tendrían que haber escuchado el lento y sentencioso hablar de los gauchos, esperando turno mientras el mate circula de mano en mano y se encienden los cigarros con una brasa levantada con la hoja de sus largos cuchillos. Nadie fuera de Hudson, por lo menos en inglés, ha pintado tan bien estas cosas. Nadie como él ha fijado tan íntimamente todos los giros y frases del lenguaje del gaucho, ni reproducido tan bien su manera de narrar cuentos. Él los conocía, como dirían ellos mismos, hasta el caracú. Por eso, cuando escribió acerca de ellos y de la pampa, ha de haber pensado en castellano. Esto escapó a la mayoría de los críticos: mas hay giros de frase, no me refiero a los que reproducen el lenguaje del gaucho sino a los de sus escritos habituales, que para apreciarlos es preciso conocer el castellano. Esto se acentúa en él con los años, y es de observarse en *Far Away and Long Ago* y especialmente en *A Hind in Richmond Park*, que escribió con un pie en el estribo, listo para montar y pegar su último galope hacia uno u otro lugar, porque nunca estaba seguro de la existencia de una meta.

Durante toda su vida, aquí, en Inglaterra, estuvo produciendo libros, algunos de los cuales, como *A Shepherd's Life*, *Nature in Dowland* y *Afoot in England*, han llegado a ser clásicos. Con todo, me parece que cuando retornó a la pampa de su nacimiento, escribió maravillas de estilo, de ternura y de perfección en el recuerdo, tales como las hay en *Far Away and Long Ago*, que parecen obra de un joven que refiere acontecimientos de la vida cotidiana, más bien que evocados a través de las neblinas acumuladas en medio siglo. Quizá las neblinas de los años fueron en realidad un alambique que consumió todo lo que no merecía ser referido, dejándonos el oro puro. Lentamente Hudson hizo su camino; pero solo al final fue aclamado maestro de la lengua que Chaucer, Shakespeare, Milton, Spencer, Sidney y demás compadres habían glorificado. Tal vez la primera de todas sus obras recibida con aplauso unánime, si exceptuamos *Green Mansions*, fue *Far Away and Long Ago*.

Su canto de cisne ha sido *A Hind in Richmond Park*, que contiene pasajes hermosos y raros y muchas pruebas de que lo escribió pensándolo en su casi olvidada lengua doblemente materna.

En verdad, pocos hombres han erigido monumentos más duraderos que el dejado por Hudson en sus libros. Relegado a una oscura pobreza, perdido en ese desierto de ladrillo seco y estuco, donde el hombre sin amigos está más desamparado que en una noche lóbrega en el sur de la pampa, en las selvas del Amazonas o en las arenas de Arabia, conquistó la fama, que tan raramente concede esa diosa en las batallas.

Ha sido un acierto levantar su monumento en ese parque que fue su único refugio en sus horas negras, y donde según la leyenda durmió ocasionalmente en días de

pobreza. Tallado en piedra por un eminente artista, está aislado entre muchos árboles, ajeno a todo el bullicio de Londres, casi tan ajeno como si estuviera en uno de esos viejos pueblitos que tanto amó.

Cuando fue inaugurado el monumento, esporádicos *babbitts* lo mancharon con alquitrán, derramando así toda la crudeza de sus almas constipadas. Los perros levantan la pata contra las ruinas del Partenón.

Todo eso nada tiene que ver con Hudson, cuyo puesto en la literatura es firme, tan firme como Capella, Sohail, Rigel y Betelgeuse en el firmamento.

La fantasía y la imaginación, los retratos de hombres, los caballos, la descripción de las vastas llanuras con la mirada retrospectiva en las escenas de hace mucho tiempo y allá lejos hacen de él un clásico tan imperecedero como Luciano de Samósata, Apuleyo o Boccaccio lo son por las escenas que escribieron para deleite de la humanidad. Si existe una Trapalanda, Hudson debe estar allí, pues, aunque Jehová le haya cerrado el camino, Gualicho lo admitirá, haciendo de él enseguida un miembro de esa mística ciudad del espíritu.

Todo debe ser como ha sido en la tierra, pero sublimado; porque el cielo para ser cielo no puede dejar de ser una prolongación de las mismas escenas que hemos amado en la vida. El acre olor que llega de las ovejas encerradas en el redil o el del fuego de huesos está seguramente en su nariz, y el rápido viento que barre la pampa del sur azota sus mejillas cuando se larga a cabalgar en las llanuras celestes donde ciertamente monta su Zango como lo hizo en vida. Potros salvajes, avestruces y venados retozan a su alrededor, y por encima de todo vuelan pájaros, miríadas de pájaros.



Robert Bontine Cunningham Graham (1852-1936)

Político, escritor, periodista y aventurero británico. Murió en Argentina en 1936 de una neumonía, cuando vino a visitar la tierra natal de su amigo y compatriota William Henry Hudson.





Los sentidos de Hudson

Por Luis Franco
(especial para *La Prensa*, 1969)



Por poco que uno se detenga a considerar el genio y la genialidad de Hudson como artista, se queda inmediatamente sojuzgado por una presencia señoreante: el privilegio de sus sentidos. Creo que en esto, como en tantas cosas, Hudson fue un gaucho, nada menos que todo un gaucho. Dije de este en una ocasión reciente: “El que sabía distinguir un rastro de caballo entre millares de huellas y a veces después de años; el que diferenciaba los distintos pagos por el gusto de sus hierbas; el que conocía senda por senda esa inmensidad, que era como conocer ola por ola el mar; el que localizaba galopes remotos aplicando el oído al suelo, ese, tenía de su tierra un apasionado conocimiento que colinda con la magia”.

Bien, pareciera que, en gracia de solo sus avisadísimos sentidos, Hudson tuviera de la tierra, las flores, las bestias, los hombres, la vida toda, un conocimiento casi mágico. Ya hemos visto que Hudson cree que el olfato de los niños es tan agudo como el de los animales y que acaso equivale en ellos al gusto y a la vista. Uno de los placeres del niño de Quilmes es oler las cortezas verdeantes de musgo de los árboles o las hojas machacadas del hinojo. El alfalfar es querido para él sobre todo por “su delicioso olor de habas”. Su mejor prueba de adoración a los álamos consiste en restregarse las manos y la cara con sus hojas. Vuelta a vuelta consigna que debe al olfato sus más vivos estímulos vitales: “el olor a tierra, a hierbas, a peces, a flores,

a pájaros, y especialmente el olor a almizcle que en los días de calor despedían las bandadas de ibis”. Por las flores llega sencillamente a la idolatría “como mensajeros silenciosos del autor de nuestro ser y la Naturaleza, como símbolos divinos de un lugar de belleza que no es posible imaginar”. Y sin duda, por haber descubierto que las serpientes, miopes y casi ciegas, van armadas de un olfato prodigiosamente sutil, Hudson comprendió como pocos a esos animales que tienen, como él dice, “algo más poderoso que los pájaros, los mamíferos y cualquier otro animal”, y que concretan en sí “la irresistible atracción que el hombre experimenta por lo horripilante”. Tal vez podría decirse mejor: el imán de lo desconocido, el vértigo del misterio. Eso fue lo que sintió el niño de Chascomús —pues allí se trasladó a los 5 años— en un episodio consignado en una de las páginas más inolvidables de su libro. Un día, en la soledad y el silencio campestres, en un terreno lleno de malezas, sintió apenas un débil ruido crujiente, cuando vio deslizarse como en sueños, ahí cerquita, una larguísima serpiente negra. Quedó maravillado, pero se guardó el secreto para que no le prohibieran volver a aquel lugar. Más aún: se juró no volver... pero volvió. Decíase: no bien la vea, dispararé. Mas en la próxima ocasión sintió, “helado de horror”, el paso de la rampante, pero no se movió. Y el terror mezclado de encanto lo poseyó en tal forma que no podía soportar la idea de verla por última

vez. Acechábala horas enteras, estremeciéndose de susto y de placer al menor ruido de una hoja o un insecto. Llevó su prurito al extremo de abrirse paso hasta la cueva de la larga bestia, y su aguda pasión hizo crisis cuando, con el corazón en vilo, sintió deslizarse sobre su pie de niño, en una infinidad de tiempo, los dos metros de frialdad y horror del monstruo maravilloso.

Analista y psicólogo con quien solo pueden hombrarse los mejores conocidos —sin excluir a Proust—, Hudson traza en un capítulo de *El naturalista en el Plata*, a propósito de una hierba de las pampas, una estupenda psicología del olfato, demostrando que si hoy el olor es irrepresentable por el espíritu, en algún tiempo de la historia del





hombre, cuando los olores “eran para nosotros infinitamente más importantes de lo que son hoy en día”, el olfato humano tuvo el poder de evocar, de recrear los olores. Su problema inicial fue el de resolver por qué esa hierba pampeana, de perfume menos vivo y rico que el de cualquier flor, le producía un placer de intensidad única, llegando a averiguar que ello se debía al insondable poder evocativo del perfume, pues el de esa hierba salvaje estaba indisolublemente aliado al glorioso amanecer en la pampa y en su infancia.

No menos significativo y profundo es el capítulo de *Días de ocio en la Patagonia* consagrado a los ojos. No se trata de una más o menos consabida monografía de especialista ni de amenas disquisiciones literarias, más o menos consabidas también. No, se trata de intensos poemas llenos de vivientes y contagiosos latidos y de revelaciones insospechadas que interesan tanto a la biología como a la estética y a la moral.

Hay ojos de pájaro que constituyen la mayor, por no decir única, belleza de su dueño, y tanto que cuando ellos se extinguen por la muerte, parece este un carbón apagado. “Los ojos del puma y del gato salvaje, dice, inflados por la cólera, son maravillosos;



al verlos se siente como un choque eléctrico”. “El ojo humano, advierte, no tiene ni los terroríficos esplendores ni el mérito menor de la belleza.” Pero agrega: “hay ojos que uno prefiere evitar, porque a su vista uno se halla desconcertado por la aparición de un alma humana desnuda, enteramente próxima”.

Pero transcribiré un fragmento, para vuestro regalo, de la página en que cuenta una aventura suya con un gran búho patagónico, cuya “risa diabólica” de cazador implacable en las lindes de la noche, de “tirano feudal de ese desierto lejano”, había escuchado en porfiadas ocasiones. Después de un disparo certero de su escopeta, consiguió abrirse camino a duras penas a través de la maraña selvosa de una isla fluvial.

Encontré a mi víctima transportada de furor y lista para el supremo y último esfuerzo. Aun en reposo, es un gran pájaro comparable a un águila; ahora su aspecto se había modificado del todo, y en la luz vaga e incierta parecía desmesurado, un monstruo de forma extraña y de terrible aspecto. Cada una de sus plumas se erizaba sobre su cuerpo, su cola leonada y barreada desplegábase en abanico, sus alas inmensas color de tigre abríanse rígidas, de manera que a medida que el pájaro que había empuñado la hierba con sus grandes zarpas emplumadas balanceaba lentamente su cuerpo de un lado a otro —exactamente como una víbora presta para el golpe balancea la cabeza, o como un gato encolerizado y sobre el *¡quién vive!* remueve la cola—, primero la punta de un ala, después la punta de la otra, tocaba en el suelo. Los cuernos negros alzábanse derechos, en tanto que en el centro de la cabeza en forma de rueda, el pico cloqueaba sin cesar con el ruido semejante al de una máquina de coser. Ello formaba un estuche perfecto al par de ojos magníficos y furiosos que yo contemplaba con una especie de fascinación no desprovista de miedo, pues bien recordaba la agonia de dolor que me habían causado hacía poco sus garras cortantes y ganchudas hundidas en mi carne hasta los huesos. Los iris eran de un vivo color naranja, pero cada vez que yo intentaba aproximarme, inflamábanse como dos grandes globos de fuego amarillo tiritante, las pupilas negras rodeadas de una centelleante luz carmesí que lanzaba en el aire minúsculas chispas amarillas. Cuando me apartaba, este efecto, como el de un fuego sobrenatural, desaparecía al instante. Los ojos de dragón de ese búho magallánico me persiguen todavía, y cuando yo me lo recuerdo, el pájaro muerto me pesa en la conciencia; sin embargo, al matarlo, yo le he discernido esa polvorosa inmortalidad que es la suerte de los ejemplares empajados en un museo.

Es ocioso ponderar la agudeza, la codicia y la perspicacia del ojo de Hudson. Ya sabemos que solo pudo imaginar a los ángeles mirando a los flamencos con su plumaje maravillosamente carmesí, maravillosamente rosa o exquisitamente blanco. Recordará siempre “a los blanquísimos cisnes de cuello negro destacándose sobre el fondo sombrío de las nubes preñadas de lluvia”. Confiesa tener verdadera adoración por las nubes rosa de los durazneros florecidos, “el espectáculo más hermoso de la tierra”. Confiesa también que, en ocasiones, apenas si podía resistir una magnífica puesta de sol. “El morado brillante del huevo del tinamú, dice en otro lado, me extasiaba, y la alfombra de verbenas escarlatas arrancábame un grito de alegría”. Hudson es un hijo de la clara pampa, esto es, un ahijado y un devoto de la luz. A propósito del murciélago, dejó estas palabras, que diríanse simbólicas: “El murciélago, en las planicies infinitas donde no existen cuevas, ruinas ni otros lugares oscuros, no tiene tanta aversión a la luz como en otras partes; pasa el día en los árboles”. Sin la menor duda de que el oído de Hudson no estaba menos genialmente dotado y que tanto como la vista y el olfato lo ligaban nupcialmente a la naturaleza. “Yo —dice—, que cuando estoy lejos de los murmullos del campo y no oigo el canto de las aves no me siento vivir”.

De sus hermanos recuerda con precisión: “Éramos muy distintos, tanto de carácter como de rostro y figura; solo nos parecíamos en la voz, heredada del padre”.

De los chajáes recuerda, ante todo, esto: “como las alondras, los chajáes gustan elevarse verticalmente cantando. Cuando sus sombríos y voluminosos cuerpos no son más que manchas que flotan en el cielo azul, o cuando se vuelven invisibles, la distancia afina maravillosamente su voz, que deviene argentina, suave y gratísima”. Entre los innumerables secretos que solo él ha sonsacado a la pampa, está el de que este medio disuelve los ruidos y los armoniza “con los sonidos del viento en las cañas y las hierbas”. No es fácil para el forastero distinguir entre sí las voces de los pájaros, las ranas y los insectos.

Y sin duda, su sutilísima virtud auditiva, en buena parte al menos, es la que lo apegó de tal modo a los pájaros que parece que tuviera con ellos una ligazón de sangre y de espíritu. (Sus libros, saturados de pájaros, son como árboles del alba). Nadie ha amado a los pájaros sobre la tierra como Guillermo Enrique Hudson. Aunque no es eso solo: nadie hasta hoy —naturalista, cazador, poeta o mago— ha sabido, no solo penetrar como él en el secreto de esos duendes del canto y el vuelo, sino, lo que no es menos, ha logrado transmitir a los hombres con arte tan iluminador, con emoción tan viviente y contagiosa los milagros de las vidas aladas.

No solo lleva Hudson miniaturizada en sus ojos la imagen de cada pájaro con la más absoluta precisión de detalles referentes a formas, colores y movimientos, no solo se sabe al dedillo, con íntima pasión, sus costumbres públicas y privadas, sino que se sabe de memoria sus cantos. Oírle hablar del chorlo y su canto, que él llama

divino; de la calandria de tres colas, el único genial entre los cantores de la naturaleza, pues es el único capaz de improvisar mientras canta, o del legionario chajá que canta sobre el techo de las tormentas, o del tinamú y su flauteo, tan misterioso y entrañablemente dulce que hace llorar de añoranza el corazón de los desterrados entre los indios, o del coro de mistos (cuyo efecto al oído es semejante al que ofrece a la vista el agua de manantial o las innumerables gotas de la lluvia cayendo en líneas de gris plata), o del picaflor, cuando nos persuade, con su arte de persuasión irresistible, que el picaflor es todo lo contrario de una joya y que desplegándose su vida intensísima solo en su vuelo sin par no puede ser copiado por el arte; oír hablar a Hudson de cualquiera de esos personajes es escuchar un relato más vivido y cierto que los de la historia y más embelesador que los de la poesía.

Pero no es Hudson solo un semidiós de los pájaros: lo es de toda la fauna, como el coquena o yastay de nuestra mitología noroesteña. Y cuando cuenta la vida de la vizcacha, cuyos conos de tierra suelen ser por largos trechos la única orografía de la pampa; o del puma, la única fiera que no ataca al hombre, sino que es su amigo y a veces su defensor; o del casi mítico guanaco; cuando él cuenta de cualquiera de esos hijos del desierto, estáis conociendo sus biografías de modo bastante más íntimo y certero que cuando los hombres escriben sobre las vidas de otros hombres. El amor de Hudson a los animales es generoso y directo, y no excluye, como se verá, el amor a los hombres y el más claro concepto de la bondad humana. Nada tiene que ver con la compasión, al estilo Schopenhauer, por los animales, que es solo, a lo que parece, un modo de disfrazar el odio a la vida.



Luis Leopoldo Franco (1898-1988)

Poeta y ensayista, considerado como la más clara expresión de la literatura de Catamarca. Escribió más de diez artículos sobre Hudson en el diario *La Prensa* y publicó el ensayo *Hudson a caballo* (1956).





B. CASTELLO CAPUANO



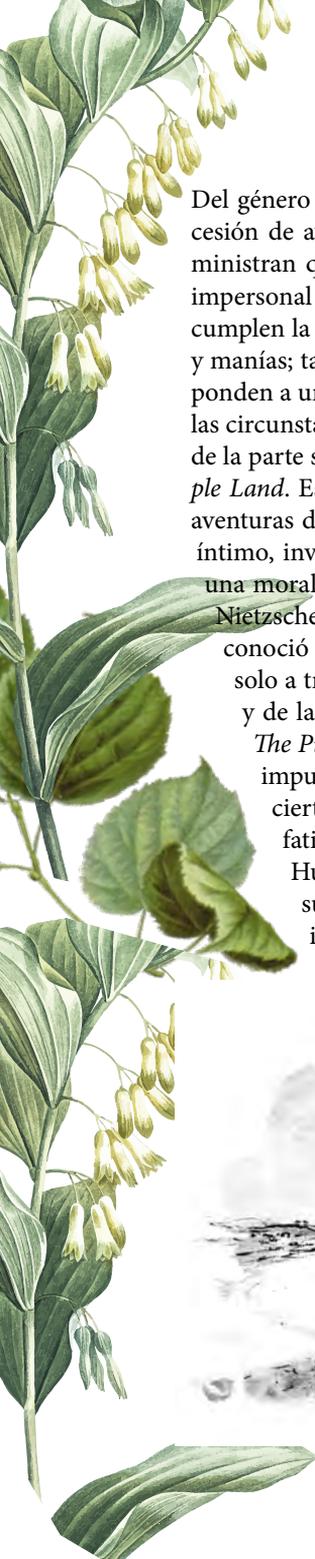
Nota sobre *The Purple Land*



Por Jorge Luis Borges
(publicado en *La Nación*, 3 de agosto de 1941)

Esta novela primigenia de Hudson es reducible a una fórmula tan antigua que casi puede comprender la *Odisea*; tan elemental que sutilmente la difama y la desvirtúa el nombre de fórmula. El héroe se echa a andar y le salen al paso sus aventuras. A ese género nómada y azaroso pertenecen el *Asno de oro* y los fragmentos del *Satiricón*; *Pickwick* y el *Don Quijote*; *Kim* de Lahore y *Don Segundo Sombra* de Areco. Llamar novelas picarescas a esas ficciones me parece injustificado: en primer término, por la connotación mezquina de la palabra; en segundo, por sus limitaciones locales y temporales (siglo XVI español, siglo XVII). El género es complejo, por lo demás. El desorden, la incoherencia y la variedad no son inaccesibles, pero es indispensable que los gobierne un orden secreto, que gradualmente se descubra. He recordado algunos ejemplos ilustres; quizá no haya uno que no exhiba defectos evidentes. Cervantes moviliza dos tipos: un hidalgo “seco de carnes”, alto, ascético, loco y altisonante; un villano carnoso, bajo, comilón, cuerdo y dicharachero: esa discordia tan simétrica y persistente acaba por quitarles realidad, por disminuirlos a figuras de circo. (En el séptimo capítulo de *El payador*, nuestro Lugones ya insinuó ese reproche). Kipling inventa un Amiguito del Mundo Entero, el libérrimo Kim; a los pocos capítulos, urgido por no sé qué patriótica perversión, le da el horrible oficio de espía. (En su autobiografía literaria, redactada unos treinta y cinco años después, Kipling se muestra impertinente y aun inconsciente). Anoto sin animadversión esas lacras; lo hago para juzgar *The Purple Land* con pareja sinceridad.





Del género de novelas que considero, las más rudimentarias buscan la mera sucesión de aventuras, la mera variedad: los siete viajes de Simbad el Marino suministran quizá el ejemplo más puro. El héroe, en ellas, es un mero sujeto, tan impersonal y pasivo como el lector. En otras (apenas más complejas) los hechos cumplen la función de mostrar el carácter del héroe, cuando no sus absurdidades y manías; tal es el caso de la primera parte del *Don Quijote*. En otras (que corresponden a una etapa ulterior) el movimiento es doble, recíproco: el héroe modifica las circunstancias, las circunstancias modifican el carácter del héroe. Tal es el caso de la parte segunda del *Quijote*, del *Huckleberry Finn* de Mark Twain, de *The Purple Land*. Esta ficción, en realidad, tiene dos argumentos. El primero, visible: las aventuras del muchacho inglés Richard Lamb en la Banda Oriental. El segundo, íntimo, invisible: el venturoso acriollamiento de Lamb, su conversión gradual a una moralidad cimarrona que recuerda un poco a Rousseau y prevé un poco a Nietzsche. Sus *Wanderjahre* son *Lehrjahre* también. En carne propia, Hudson conoció los rigores de una vida semibárbara, pastoril; Rousseau y Nietzsche, solo a través de los sedentarios volúmenes de la *Histoire Générale des Voyages* y de las epopeyas homéricas. Naturalmente, lo anterior no quiere decir que *The Purple Land* sea intachable. Adolece de un error evidente, que es lógico imputar a los azares de la improvisación: la vana y fatigosa complejidad de ciertas aventuras. Pienso en las del final: son lo bastante complicadas para fatigar la atención, pero no para interesarla. En esos onerosos capítulos, Hudson parece no entender que el libro es sucesivo (casi tan puramente sucesivo como el *Satiricón* o como *El Buscón*) y lo entorpece de artificios inútiles. Se trata de un error hartamente difundido: Dickens, en todas sus





novelas, incurre en prolijidades análogas.

Quizá ninguna de las obras de la literatura gauchesca aventaje a *The Purple Land*. Sería deplorable que alguna distracción topográfica y tres o cuatro errores o erratas (*Camelones* por *Canelones*, *Aria* por *Arias*, *Gumesinda* por *Gumersinda*) nos escamotearan esa verdad... *The Purple Land* es fundamentalmente criolla. La circunstancia de que el narrador sea un inglés justifica ciertas aclaraciones y ciertos énfasis que requiere el lector y que resultarían anómalos en un gaucho, habituado a esas cosas. En el número 31 de *Sur*, afirma Ezequiel Martínez Estrada: “Nuestras cosas no han tenido poeta, pintor ni intérprete semejante a Hudson, ni lo tendrán nunca. Hernández es una parcela de ese cosmorama de la vida argentina que Hudson cantó, describió y comentó [...] En las últimas páginas de *The Purple Land*, por ejemplo, hay contenida la máxima filosofía y la suprema justificación de América frente a la civilización occidental y a los valores de la cultura de cátedra”. Martínez Estrada, como se ve, no ha vacilado en preferir la obra total de Hudson al más insigne de los libros canónicos de nuestra literatura gauchesca. Por lo pronto, el ámbito que abarca *The Purple Land* es incomparablemente mayor. El *Martín Fierro* (pese al proyecto de canonización de Lugones) es menos la epopeya de nuestros orígenes —¡en 1872!— que la autobiografía de un cuchillero, falseada por bravatas y por quejumbres que casi profetizan el tango. En *Ascasubi* hay rasgos más vívidos, más felicidad, más coraje, pero todo ello está fragmentario y secreto en tres tomos incidentales, de cuatrocientas páginas cada uno. *Don Segundo Sombra*, pese a la veracidad de los diálogos, está maleado por el afán de magnificar las tareas más inocentes. Nadie ignora que su narrador es un gaucho; de ahí lo doblemente in-



justificado de ese gigantismo teatral, que hace de un arreo de novillos una función de guerra. Güiraldes ahueca la voz para referir los trabajos cotidianos del campo; Hudson (como Ascasubi, como Hernández, como Eduardo Gutiérrez) narra con toda naturalidad hechos acaso atroces.

Alguien observará que en *The Purple Land* el gaucho no figura sino de modo lateral, secundario. Tanto mejor para la veracidad del retrato, cabe responder. El gaucho es hombre taciturno, el gaucho desconoce, o desdeña, las complejas delicias de la memoria y de la introspección; mostrarlo autobiográfico y efusivo, ya es deformarlo. Otro acierto de Hudson es el geográfico. Nacido en la provincia de Buenos Aires, en el círculo mágico de la pampa, elige, sin embargo, la tierra cárdena donde la montonera fatigó sus primeras y últimas lanzas: el Estado Oriental. En la literatura argentina privan los gauchos de la provincia de Buenos Aires; la paradójica razón de esa primacía es la existencia de una gran ciudad, Buenos Aires, madre de insignes literatos “gauchescos”. Si en vez de interrogar a la literatura, nos atenemos a la historia, comprobaremos que ese glorificado gauchaje ha influido poco en los destinos de su provincia, nada en los del país. El organismo típico de la guerra gaucha, la montonera, solo aparece en Buenos Aires de manera esporádica. Manda la ciudad, mandan los caudillos de la ciudad. Apenas si algún individuo —Hormiga Negra en los documentos judiciales, Martín Fierro en las letras— logra, con una

rebelión de matrero, cierta notoriedad policial.

Hudson, he dicho, elige para las correrías de su héroe las cuchillas de la otra banda. Esta elección propicia le permite enriquecer el destino de Richard Lamb con el azar y con la variedad de la guerra —azar que favorece las ocasiones del amor vagabundo—. Macaulay, en el artículo sobre Bunyan, se maravilla de que las imaginaciones de un hombre sean con el tiempo recuerdos personales de muchos otros. Las de Hudson perduran en la memoria: los balazos británicos retumbando en la noche de Paysandú; el gaucho ensimismado que pita con fruición el tabaco negro, antes de la batalla; la muchacha que se da a un forastero, en la secreta margen de un río. Mejorando hasta la perfección una frase divulgada por Boswell, Hudson refiere que muchas veces en la vida emprendió el estudio de la metafísica, pero que siempre lo interrumpió la felicidad. La frase (una de las más memorables que el trato de las letras me ha deparado) es típica del hombre y del libro. Pese a la brusca sangre derramada y a las separaciones, *The Purple Land* es de los muy pocos libros felices que hay en la tierra. (Otro, también americano, también de sabor casi paradisíaco, es el *Huckleberry Finn*, de Mark Twain). No pienso en el debate caótico de pesimistas y optimistas; no pienso en la felicidad doctrinaria que inexorablemente se impuso el patético Whitman; pienso en el temple venturoso de Richard Lamb, en su hospitalidad para recibir todas las vicisitudes del ser, amigas o aciagas.

Una observación última. Percibir o no los matices criollos es quizá baladí, pero el hecho es que de todos los extranjeros (sin excluir, por cierto, a los españoles) nadie los percibe sino el inglés. Miller, Robertson, Burton, Cunninghame Graham, Hudson.



Jorge Luis Borges (1899-1986)

Destacado escritor argentino, considerado una figura clave para la literatura hispana y universal. Fue uno de los primeros difusores de la obra de Hudson en Argentina.





Itinerarios de Hudson en la provincia de Buenos Aires



Por Justo P. Sáenz (h)
(publicado en *La Nación*, 11 de octubre 1963)

Que yo sepa a nadie que haya escrito sobre Guillermo Enrique Hudson se le ha ocurrido seguir geográficamente sus andanzas por tierras de la provincia de Buenos Aires.

Estamos enterados de que, además de Quilmes y de Chascomús, estuvo en Carmen de Patagones y sus alrededores, quizás en 1871, por su afamado libro *Días de ocio en la Patagonia*, y que hasta allá se trasladó a bordo de un vaporcito de mala muerte, que naufragó por encalladura en la barra del río Negro. Cómo regresó a Buenos Aires para embarcarse con destino a Inglaterra, dos o tres años después, no nos lo dice el gran escritor.

Alguien sin probarlo, al menos documentalmente, afirma que viajó por Salta y Jujuy. Su cuento “Marta Riquelme” se desarrolla en estas regiones. También de una posible permanencia suya en el Uruguay nos podría hacer creer su hermosa y pésimamente traducida obra *La tierra purpúrea*. No solo la riqueza del detalle topográfico y la tipicidad de sus personajes autorizarían semejante suposición, sino la clase de aventuras que corre el principal protagonista: muchos que hayan oído de boca de don Roberto Cunninghame Graham la atracción que Hudson despertaba en las mujeres, lo identificarían con Richard Lamb.

Hasta que Su Excelencia el doctor Masao Tsuda, reciente ex embajador del Japón en nuestro país, practicara unas notables averiguaciones hace poco publicadas, la permanencia de Hudson en el país hermano quedaba totalmente descartada en





virtud de una carta dirigida al citado don Roberto Cunninghame Graham en la que le confiesa, con cierta socarronería, no haber estado nunca en la Banda Oriental. El doctor Tsuda, sin embargo, ha descubierto que el gran escritor pasó largas temporadas en ese país, parando en dos o tres estancias uruguayas, una de las cuales fue La Virgen de los Dolores en el departamento de Soriano, propiedad de don George Keen, ciudadano inglés que llegó a Buenos Aires en 1820, poblando pocos años después la estancia Pedernales, en 25 de Mayo, sobre el río Salado, que hoy pertenece a varios propietarios, el primero de los cuales fue el escribano don Horacio J. Ferrari, que adquirió su casco y una considerable área alrededor, en 1918. También S. E. el Dr. Tsuda señala que Hudson estuvo en Chima Lauquen, hoy partido de Juárez, que en el mapa catastral, compuesto por el Departamento Nacional de Ingenieros en 1890, aparece como una gran estancia, propiedad del referido don George Keen.

Finalmente, sabemos por el Dr. Tsuda que Hudson fue enganchado para el servicio militar de fronteras en el Azul seguramente —y esto va por cuenta mía— por “vago y mal entretenido”, como rezaban los decretos gubernamentales de aquellas épocas, lo mismo que el lugar donde fuera destinado se llamaba Reconquista. Qué-dame por investigar si este punto era un fortín o simplemente un paraje y esto he de descubrirlo con el auxilio de los mapas de aquel entonces.

En *El naturalista en el Plata*, obra que yo vertí al castellano y anoté para Emecé Editores en 1953, surge claramente —léase el artículo “El chajá” — que él estuvo en el lugar denominado entonces Fuerte Esperanza, donde hoy se levanta el pueblo de General Alvear, cabeza del partido del mismo nombre. Para llegar allí, pasó por El Gualicho, visto que menciona dicho punto, correspondiente al de un arroyo que corre junto al límite sudeste del partido de Las Flores, separando este del de Rauch, cuyo arroyo es continuación del arroyo Azul, que nace en el partido del mismo nombre, en el campo de los herederos —muy amigos míos— de don Fortunato Gómez. El Gualicho cambia su nombre por el de El Toro al recibir las aguas de este, cerca del deslinde de Rauch, Pila y Las Flores.

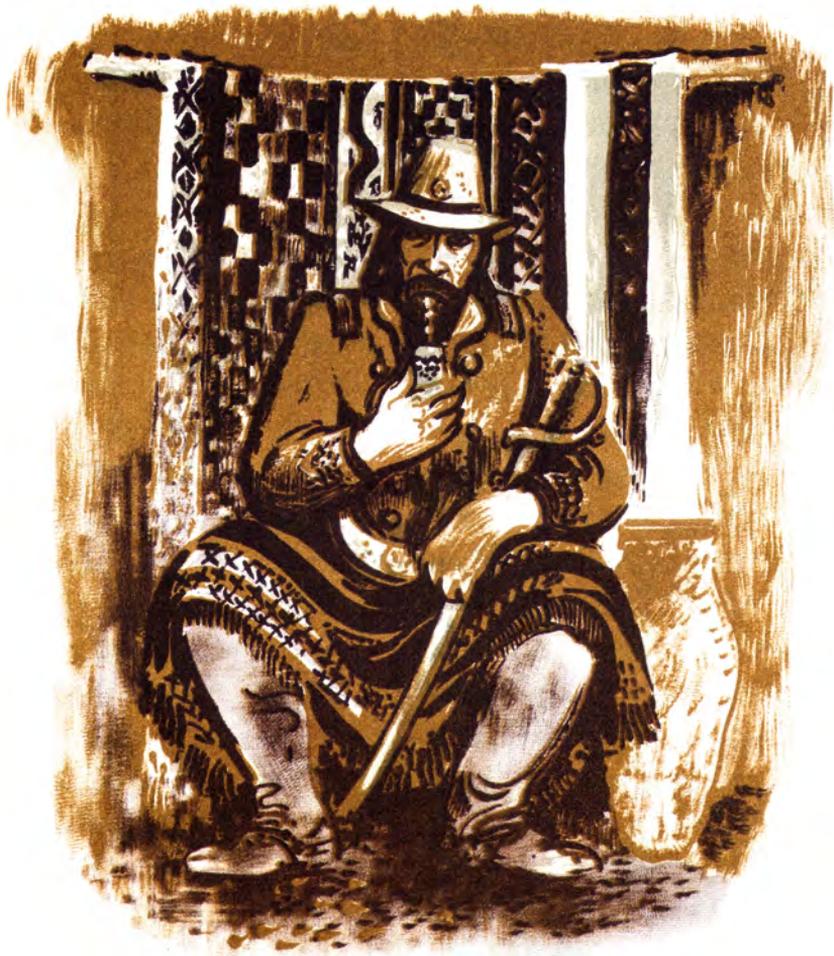
Para alcanzar Fuerte Esperanza, es decir General Alvear —línea externa de fronteras hasta 1867—, y dejando atrás al sudeste El Gualicho, debió cruzar u orillar el partido de Saladillo, que nombra en la página 62 del citado *El naturalista en el Plata* como paraje muy abundante en leones y tigres.

En el referido artículo “El chajá” narra un episodio que le ocurriera en El Gualicho con una inmensa y mansísima bandada de estas aves, en oportunidad de haber hecho noche en un puesto de estancia allí situado y al ir, después de comer, a cambiarle la estaca a su caballo.

En su viaje a General Alvear pasó —lo puntualiza— por la estancia Mangrullos, que logré identificar e historiar brevemente. Este establecimiento, a la sazón

(1860-1863) propiedad de Roque Carranza, fallecido en 1867 y que lo poblara allá por 1849, quedaba a legua y pico de la margen sur de la laguna El Potrillo, que figura en cualquier mapa de 1864 a la fecha. La superficie de Mangrullos superaba tal vez las diez mil hectáreas y estaba dentro del partido de Saladillo (hoy en su Cuartel Octavo), próxima al deslinde del de 25 de Mayo, a solo dos leguas al sudeste de la actual estación Pueblitos, F. G. R.

Hudson debe haber frecuentado asimismo los pagos de San Vicente, pues su mención de un desertor del ejército de Rosas, llamado Santa Ana, así lo hace su-





poner. Este Santa Ana o Santana (en esta forma se escribía su apellido) era “compadre de un bisabuelo de mi amigo Julio Casares, gozando de gran estima en su familia”.

Dice Casares —en comunicación que me ha enviado y que no pude incluir como nota a pie de página en mi traducción de *El naturalista en el Plata* por haberme llegado cuando el libro estaba en prensa— que el tal Santana, Esteban era su nombre, tenía campo en el partido de San Vicente, que el caballo que velaba por él y lo despertaba cuando sus enemigos se le aproximaban era de pelo tordillo sabino y los juncales donde se internaba para evitar la captura son precisamente los que rodeaban en esa época la laguna de San Vicente. Casares conserva una fotografía de Esteban Santana en traje de ciudad, obtenida en 1870, y un

pañuelo golilla de seda, confección inglesa, de su uso, profusamente estampado. También en sus vagabundeos de bohemio ecuestre o en sus “reseriadas”, que bien pudo ayudarse a vivir ejerciendo este oficio dado que en algunas de sus páginas así lo hace presumir, debió conocer Dolores y la cañada de El Vecino, pues cita estos puntos en *El ombú*, donde un despreocupado traductor escribe “el río Vecino”, porque en su original inglés Hudson textualmente dice “the Vecino river”. Sin embargo, poca gente que conoce nuestra provincia de Buenos Aires ignora que tal río no existe ni existió nunca. Saben sí que El Vecino es una extensa cañada originada por los derrames de los arroyos Languyú y El Perdido, del partido de Ayacucho, hoy día convertida en campo útil a raíz de su drenaje practicado por el canal de desagüe N° 1 a tres mil metros del cual y dentro del Cuartel 7 del partido de General Guido (ex Vecino) estoy escribiendo estas líneas. Dicho canal corre de oeste a este, y cruzando este partido y los de Dolores y Conesa desemboca en el Atlántico, catorce leguas al noroeste del cabo San Antonio.

Conviene insertar aquí, antes de seguir más adelante, lo que podríamos llamar “zona de Languyú”, figura así nombrada en su insuperable cuento “El niño diablo” y que no resulta aventurado imaginar que ese caballo de su propiedad, que

aparece en otro de sus trabajos y que según Hudson formaba parte de las últimas bagualadas errantes por las pampas de esta provincia, hubiese sido boleado en los fachinales, justamente de la cañada de El Vecino o costa del arroyo Langueyú.

Que igualmente conoció los campos de Mar del Plata, adquiridos en 1855 por José Coelho de Meirelles a don José Gregorio Lezama, y los del partido de Balcarce, resulta evidente al leer su trabajo “El puma o león de América” y otro referente a las tucuras, que integran la misma obra, donde se refiere netamente al cabo Corrientes y “the cape Corrientes sierras”, que no son otra cosa que la prolongación del sistema orográfico de Balcarce, terminado en las denominadas lomas Norte y Sur, hoy en día abarcadas íntegramente por la ciudad de Mar del Plata.

También en *A Little Boy Lost* (London, Duckworth, 1934), Hudson conduce a su pequeño protagonista en un imaginario viaje a través de extensas llanuras que terminan en sierras pedregosas, altos acantilados y un inmenso mar azul donde el sol todas las mañanas surge de entre sus aguas. Aparecen en esta novela chajaes, lechuzones, indios, avestruces, una caballada y hacienda cimarrona, un hurón, un venado, un tigre y lobos marinos, todo lo cual concuerda con la fauna y topografía y demás de la zona de Mar del Plata en aquel entonces. A lo que cabría agregar





que unos montes sumamente espinosos a través de los cuales marcha el “niñito perdido” podrían ser los característicos matorrales de currú-mamuel, propios de esos parajes.

Otra probanza que hace a este viaje la tenemos cuando nombra la laguna de Kakel, que con sus tres mil hectáreas de superficie abarca parte de los partidos de Maipú y General Guido. En esos años de 1860 formaba parte de la estancia del mismo nombre, propiedad de los señores De Elía, descendientes de don Francisco Ramos Mejía, su primer poblador, instalado en esas tierras (sesenta leguas) ya en 1816.

Precisamente uno de los caminos que llevaban al cabo Corrientes, como Hudson escribe, o lo que es lo mismo, al puerto de la Laguna de los Padres (hoy ciudad de Mar del Plata de acuerdo con mapas consultados), y en su línea general, la actual vía del F. G. Roca, que en 1865 alcanzó Chascomús, en 1878 Dolores y en 1883 el pueblo de Maipú. La recordada laguna de Kakel se sitúa sobre este camino, a pocos centenares de metros de su borde oriental.

Según conversación mantenida con doña Celia Rodríguez de Pozzo, viuda de mi inolvidable amigo el Dr. Fernando Pozzo, el hombre que más sabía sobre Hudson y a quien podemos calificar de su descubridor entre nosotros, los viajes de Hudson por las pampas del Sur debieron iniciarse entre 1860 y 1861, a los 19 o 20 años de edad, cuando a la muerte de su madre, ocurrida el 4 de octubre de 1859, se sintiera tan solo y triste.

Si para entonces conoció las sierras del cabo Corrientes y la cañada de El Vecino, debió tomar para aproximarse a las sierras de Balcarce el camino que corría por donde ahora va la vía del F. G. Roca, al que me he referido anteriormente, o el que da al casco de esta estancia, donde escribo, señalado ya en mapas de 1961 como “Camino general de Ranchos a Tandil”, porque aún no se había fundado el pueblo de Ayacucho, y que viene casi recto de norte a sur, pasando muy próximo al punto que enseguida voy a señalar.

Justamente a tres leguas cortas de aquí, hacia el sur, subsiste un hito todo de hierro, dentro del campo Navas, de los señores Pereyra Iraola, en cuyas dos chapas rectangulares indicativas se lee claramente “Camino general de Ranchos a Balcarce”, en la que apunta en esa dirección, y en la otra “Camino general de Ranchos a Ayacucho”, esta última orientada hacia el sudoeste, que es adonde demora hoy —a unas dieciséis leguas de allí— esta última y próspera ciudad.

Dicho hito —o mojón como lo llaman ahora—, que pertenece a la serie que colocó el gobierno de la provincia de Buenos Aires, entiendo que en 1882, dista unos doscientos metros del camino alambrado actual. Antes, por supuesto, en tiempos de los campos abiertos, estaría ubicado al borde del mismo, cuyo curso, modificado por la voluntad de algún propietario, se extendería como ondulante cinta para eludir lagunas y fachinales sobre una planicie sin fin, apenas alterada en su uniformidad por los oscuros perfiles de tres o cuatro montecitos de acacia y mostacilla, esparcidos a gran distancia unos de otros a lo largo del horizonte.

Contemporáneo de este camino era otro, hoy interrumpido por el Canal Uno y utilizado por mensajerías y carretas (figura en un plano existente en el Museo Histórico de Chascomús del año 1857), que de Dolores pasaba por las postas de Palenque Chico (próximo a la estación Parravicini, F. G. R.), hoy estancia de la señora Althaparro de Mosolegui; San Francisco (aún existe su vetusta casa de material sin revocar que fuera esquina) y San Miguel, de la que quedan vestigios de foseado (campo de don Bernardo Miguel, según catastro de 1939), arrendada hasta hace poco por la familia de Mulleady. Allí puede decirse que comenzaba la célebre cañada de El Vecino, por lo que solo se cubrían tres leguas hasta la otra posta, siempre en rumbo sur, que era una conocida por Batalla, posiblemente el apellido de algún puestero, de fijo santiaguense, de la enorme estancia La Quinoa, dentro de cuyos límites quedaba. De Batalla, que debe ser el lugar hoy conocido por Loma de la

Carreta, se llegaba a Navas, donde si no se tomaba para Balcarce, rumbo sur clavado, seguía de posta en posta en dirección sudoeste hasta el pueblo del Tandil. Calculo yo, sin hacer muchas concesiones a la imaginación, que por uno de esos dos caminos pasó Hudson en su viaje o viajes a los campos del cabo Corrientes. Por lo menos, en uno iba, según parece, de capataz arreando una majada. Lo expresa en su artículo “Vistos y perdidos”, oportunidad en que encuentra el primer cerro que viera en su vida, el cual trepa a pie para deleitarse con la contemplación de unas raras langostitas que halla en su cima y que no eran otra cosa que las actualmente temidas tucuras. No debe ser muy difícil ubicar ese cerrillo para uno que disponga de tiempo y permiso para entrar en campos ajenos siguiendo la vieja huella a Balcarce. ¿Cómo viajaría Hudson? Descuento que usara tropilla por su escasez de recursos y también porque no lo menciona en ninguno de sus escritos... Iría con caballo de tiro. Tampoco anota este sistema de viajar en sus numerosos trabajos. Lo más probable es que anduviera en el montado, bien aviado, eso sí, con sus maletas de lona infladas con la muda de ropa y vicios, anteojos de larga vista para observar mejor los pájaros y por lo menos dos ponchos. Uno redondo, de paño azul de confección europea, forrado con base colorada y alto cuello. Otro ordinario de pura lana, tejido en el país, lo portaría entre las dos caronas de su recado —que es también su cama y su ropero—. Además, un “hijar” blandito como una badana oficiaría de impermeable. ¿Armas? Por lo menos el cuchillo y quizás alguna pistola fulminante o un revólver Lefauchaux, de los de piquito en el cartucho. Si su indumentaria ha de corresponder a la que se conoce a través de diarios y fotografías de esa época en individuos de su condición social, llevaría el amplio pantalón a la francesa embutido en botas de vaqueta (“fuertes” las llamaban para diferenciarlas de las de potro). Que habrá usado chiripá en numerosas oportunidades, no lo dudo, pero lo veo de pantalón chapona o saco, chaleco cruzado tipo fantasía, pañuelo de seda al cuello y chambergo de ala más o menos ancha. Espuelas no le faltarían, lo mismo que el lazo de los llamados chilenos para officiar de “atador” si carecía de esta guasca, amén de algún chifle abajo de los cojinillos.

Y así, bajo aplastante solazo de estío, seguido viento abajo por nubes de jejenes, marcharía al tranco tras algún arreo del que fuera capataz o peón o simplemente al azar, siguiendo sus inclinaciones de errante *field naturalist* sobre la inmensa llanura, en mangas de camisa, con el saco doblado sobre la cabecera anterior del apero y el sudor corriéndole sobre su tostada cara de pájaro. Véolo también galopando para entrar en calor, derecho hacia un monte alto, promisor, en aquel atroz desamparo, de comida y albergue, con un glacial pampero en contra, calado el barbijo y el poncho tironeándole para atrás los hombros y mostrando el empuje de cada racha la púrpura de su revés. Por momentos afianzará con la mano del rebenque su ajetreado sombrero, arrimando las rodajas a los flancos del caballo, cuya larga cola

se alarga al viento como un gallardete, porque el sol, entre cárdenos nubarrones, se está acercando demasiado al confín del noroeste. Es pleno invierno y si se hace calma, como ha de ocurrir al iniciarse el crepúsculo, todo el campo amanecerá escarchado. Debe llegar a esa estancia que él no conoce pero sí percibe, como un borrón verde y alargado, allá donde el abayado pastizal del desierto parece juntarse con el cielo. A esa estancia arribará casi a boca de noche, para junto al palenque de afuera, sobre el borde exterior de la zanja que la enmarca, lanzar en medio del furioso ladrar de los perros el clásico “Ave María Purísima”, mientras, terciando el poncho, cambia de posición en el recado y el acelerado resollar del caballo imprime a su cuerpo un acompasado vaivén.

Y ya asomará en alguno de los grandes ranchos de “pared francesa” y piso enladrillado, recostándose en el vano de la puerta enrojecida por el fulgor de la lumbre, la silueta de una mujer joven y bonita, de cabeza y hombros protegidos por un rebozo de merino que, entre “¡Juera! ¡Juera! ¡Camine pal galpón! ¡Juera!”, contestará sonriente y en voz alta, después de contemplarlo un instante con disimulado interés: “¡Sin pecado concebida!... ¡Tardes! Bájese nomás, señor, y desensille”. Luego agachándose un poco para distinguirlo mejor contra el incómodo y postrer resplandor del ocaso, agregará, en tanto se yergue con un voluptuoso contoneo que le hace crujir el amplio miriñaque: “¡Y arrímese pal fuego, pues que pronto va a entrar a helar!”.



Justo Pedro Sáenz (h) (1882-1970)

Escritor, poeta, cuentista y ensayista de estilo costumbrista, considerado uno de los mayores especialistas del tema gauchesco. Realizó varias crónicas y notas sobre Hudson.





Las mujeres de *Allá lejos y hace tiempo*

Por Héctor Pedro Blomberg
(publicado en revista *Atlántida*, 29 de julio de 1953)

El público y la crítica —ambos tan justicieros con el ilustre escritor y naturalista angloargentino— parece que solo hubiesen querido ver a Guillermo Enrique Hudson entre las bandadas de pájaros que pueblan sus libros, esos libros con los cuales el hijo de la pampa, “criado en un viejo caserón, mitad pulpería y mitad estancia”, según Robert Cunninghame Graham, llegó a ser uno de los más ilustres prosistas de la literatura inglesa.

¿Y el elemento humano en esas obras maestras de observación y de estilo? Esos gauchos y paisanos (fue el general Mansilla quien estableció la diferencia entre unos y otros) que pasan por los relatos y los recuerdos del autor de *La tierra purpúrea*, nítidos, vivientes, perdiéndose entre las nubes de polvo que llevan sus tropillas, esos hombres de la tierra pampeana, estirpe de Martín Fierro y Don Segundo Sombra, tienen más fuerza y emoción que los seres alados del gran escritor.

Junto a ellos, rudos y primitivos, encontramos a las mujeres. Y entre todas las mujeres de Guillermo Enrique Hudson, las que viven en las páginas emotivas de *Allá lejos y hace tiempo*, el libro autobiográfico, el romance de la infancia del autor, el que lo hizo popular en el mundo entero, como a Edmundo D’Amicis su inmortal *Corazón*. La primera de las mujeres que encontramos en ese libro es la madre del futuro escritor naturalista: “También se me presenta el cuadro de mi madre al caer la tarde, cuando los niños, después de la merienda de leche y pan, nos reuníamos en nuestros últimos juegos sobre el pasto delante de la casa. La veo sentada fuera, observando nuestras diversiones con la sonrisa en los labios, iluminado el dulce





rostro por los rayos del nutriente sol". En el capítulo final leemos estas palabras impregnadas de emoción punzante:

Fue entonces cuando mi madre murió. Su admirable salud decayó repentinamente y su fin no tardó en llegar. Pero sufrió mucho, y en los postreros momentos que estuve junto a su lecho, me dijo que estaba muy cansada, que no temía morir, aunque hubiera deseado vivir algún tiempo más para no dejarme tan pequeño y enfermo... Me pidió que rezara siempre por ella, que después de mucho tiempo me estaría esperando en el cielo... Cuando la vi, fría y silenciosa, que venían para llevársela, sentí que para mí todo terminaba...

Margarita es la segunda figura femenina de *Allá lejos y hace tiempo*:

Contaba yo seis años. Por esa época hallábase en nuestra casa una niña cuya carita pertenece al reducido grupo de seis que recuerdo más vívidamente. Sobrina de la mujer de nuestro puestero —argentina casada con un inglés— vino a nuestra casa para cuidar a mis hermanitos menores. Era una muchacha pálida, delgada, muy linda, de grandes ojos oscuros y abundante cabello negro. Su voz y su sonrisa no podían ser más dulces. Todos, grandes y chicos, la adorábamos.

La pobre Margarita murió al año siguiente, de una afección pulmonar. El niño de la estancia pulpería la lloró largamente. Fue la primera vez que Hudson, a los seis años, derramó ardientes y purísimas lágrimas por una mujer; él, que murió solitario a los ochenta.

Angelita Barbosa, de ocho años, sobrina de un gaucho feroz, era una paisanita de raza:

Me parece verla todavía, a galope tendido, descalza, sin medias, con su vestidito de percal celeste, flotando sobre los hombros la negra cabellera. Llama la atención la blancura de su hermoso rostro, sin pecas ni quemaduras de viento y de sol. Sería para sus cortos años, jamás reía y sonreía rara vez... Para mí, Angelita era una beldad... Con el tiempo desapareció de mi vida con toda su tribu, inclusive el sanguinario tío, dejando grabada perdurablemente su imagen en mi memoria, junto con cierta inquietud.



Porque era la lindísima y grave gauchita la que aventaba en el tierno corazón del pequeño Guillermo el espanto y la repulsión que le causaba otra vecina: doña Lucía, la vieja bruja que vivía en el ombú...

Elodia Royd contaba quince años cuando “el niño de los pájaros” la conoció. Su padre era Jorge Royd, un inglés dedicado a la cría de porcinos, a quien su esposa criolla habíale dado dos hijas. Elodia, la mayor, “alta, morena, de cabello negro azulado, ojos muy oscuros y brillantes, labios de coral, de una gracia peregrina”, impresionó más a Guillermo que su hermana Adelina, “de una rubia belleza angelical”. Jorge Royd, hombre culto y soñador, al fracasar en su poco romántica empresa rural, se quitó la vida. Su mujer y las dos niñas desaparecieron cuando todo se vendió. El amiguito nunca supo más de ellas.



Don Gregorio Gándara, dueño y señor de la vecina estancia La Tapera, “era un hombre de figura extraordinaria: su cuerpo era en forma de barril, con las piernas cortas y arqueadas, la cabeza enorme y redonda, color madera oscura, los ojos saltones y los cabellos como crines. Su mujer era más gorda aún”. Esta pareja grotesca tenía dos hijas, Marcelina y Demetria. Alta, morena y algo grande, la mayor estaba lejos de ser fea. La beldad de la familia era Demetria, “de cutis pálido aceitunado, negros ojos melancólicos, de facciones regulares, lánguida y esbelta, como si perteneciera a otra raza”. La bella y rica Demetria se casó con un forastero que resultó ser un tahúr y la abandonó a los pocos meses. Guillermo Enrique Hudson, que entraba en la adolescencia, casto y romántico, la consolaba leyéndole versos y novelas. Evaristo Peñalva era otro estanciero vecino de los Hudson. Era un gaucho rico emparentado con los patriarcas bíblicos. Tenía seis mujeres y sabía mantener el orden

y la paz en su serrallo de sultán pampeano, sin que esta equívoca y extraordinaria circunstancia le enajenara la amistad ni la estimación de quienes le conocían y trataban, porque don Evaristo era tan generoso como rico y de una bondad sin límites y una rectitud ejemplar. La hija mayor del bravo Peñalva se llamaba Cipriana. Su extraña y salvaje belleza atraía a los hombres. Esta Venus gaucha tuvo la misma desventura que Demetria Gándara, dio su corazón a un joven y arrogante paisano que la abandonó a los dos años. “Volví a verla en su paterna estancia La Paja Brava después de varios años de ausencia”, escribe G. H. Hudson en el capítulo XIII de *Allá lejos y hace tiempo*, y continúa:

Cipriana había perdido la frescura y lozanía de su espléndida juventud, cuando vestida de blanco, los negros cabellos al viento, galopaba por la pampa sus magníficos doradillos con la gracia de una amazona criolla, pero conservaba algo de su hermosura extraña y turbadora. [...] Todas las tardes mientras estuve en su estancia, salía Cipriana por la tranquera, llegaba hasta un viejo tronco tumbado entre los yuyos, y allí sentada, el mentón apoyado en la mano morena, fija la vista en el polvoriento camino, inmóvil, hablando dulcemente consigo misma sin apartar los tristes y bellos ojos de la huella, sin advertir nada de lo que la rodeaba, se dejaba estar horas enteras.

Así vio por última vez Guillermo Enrique Hudson a la más humana y dolorosa de las mujeres de *Allá lejos y hace tiempo*, las que conoció en su niñez y adolescencia. Posiblemente luego de escrito su libro famoso, bajo las brumas inglesas, muchos años después, volvió a su memoria la imagen de Cipriana Peñalva, la paisanita enferma de amor que hablaba sola y esperaba, esperaba siempre junto a un camino solitario de la pampa, al amador infiel que no debería volver jamás.



Héctor Pedro Blomberg (1889-1955)

Poeta, guionista, comediógrafo y periodista. En su obra retrató la vida de marineros embarcados o en barrios portuarios de distintas partes del mundo, y de viajeros, entre los que sumó a Hudson.





Estética y filosofía de Hudson

Por Ezequiel Martínez Estrada
(publicado en el suplemento *Cultura de Tiempo*
Argentino, agosto de 1985)

Aunque desconociera datos sobre la forma de elaborar Hudson sus obras, y sobre la vida que llevó durante treinta y tres años por estas tierras, creo que podría demostrar que es visible que se vale de recuerdos y de anotaciones hechas *d'après nature* para escribir. No solo de su libreta de apuntes se valió, sino de una memoria lúcida y fidedigna, capaz de replasmar los estragos del olvido, como la salamandra regenera un miembro.

La lejanía en el tiempo pone siempre en su obra un encanto de reverberación sutil a los hechos y a las cosas. Y en este concepto no puede evitarse el nombre de Proust, otro maestro de explotación endoscópica, especie de Testut de la anatomía del alma, a quien nuestro autor supera en relación de la selva al invernáculo. También él sale en busca del tiempo perdido.

Si todo libro de memorias, de Tostói a Baschkirtscheff, encierra esa mística esencia de la evocación, en pocos recuperó el poderío homérico de la evidencia como en nuestro autor. Poesía y Verdad pudo titular a su obra entera, que alcanzó la serena contemplación del mundo, de la vida desde cumbres no menos altas que las de aquel otro poeta naturalista. El poder de evocación en Hudson es tan vívido, que en ocasiones puede afirmarse que supera en nitidez y luminosidad a la visión directa. En ello reside el mágico secreto del artista, que acumula en su sensibilidad imágenes y estados de ánimo para extraerlos mucho más tarde a semejanza de cultivos indefinidamente conservados. En su definición de la poesía, Wordsworth aludió a tal proceso: *emotion recollected in tranquility*.

En sus páginas están los seres y las cosas de la pampa; todo cuanto observó amorosa e infatigablemente, con el ocio del vagabundo más bien que del naturalista, ha recobrado su antigua vida; no por arte del taxidermista (que despreciaba él con toda el alma), sino del taumaturgo. En su lejano destierro londinense, enfermo, envejeciendo, sin dinero y sin amigos, en compañía de una mujer decepcionada que envejecía junto a él con su propio destino frustrado, fue restaurando en los maravillosos cultivos de su memoria la frescura, el brillo y la gracia de las cosas; frescura, brillo y gracia que Hudson reconocía en los ojos de los pájaros vivos y que nada del mundo podía reproducir, según él, una vez apagada la vida.

Todos sus libros están constelados de esos recuerdos. Y hasta diré que también en aquellos de escenario insular como *A Traveller in Little Things*, *Hampshire Days*, *Afoot in England*, *Dead Man's Plack*, *an Old Thorn and Poems*, etcétera, aunque tome por pretexto lo que tiene enfrente, a la vista, o de regionales historias, más bien le sirve para extraer desde tierras y tiempos lejanos la fuerza inmensa y creadora del recuerdo. Entonces Hudson alcanza la talla de los otros dos octogenarios: Goethe y Tolstói, con los que forma triada única en la historia universal de la literatura (de buscarse otro, tendría que ser Homero). Nunca ve sin superponer a una imagen actual otra latente. Hudson recuerda siempre, hasta cuando observa algo por primera vez, como si trasplantara seres y objetos a un ambiente, a un clima o a una atmosfera que son los suyos, especie de almáciga en que se desarrollarán hasta su plenitud. En este concepto poseyó un don de sublime origen a semejanza de ciertos poetas y místicos que, en presencia de hechos o de individuos no vistos antes, sienten que los conocen a fondo, hasta poder enumerar sus cualidades y defectos, tan familiarmente cual si los hubieran tratado en otra vida, en un plano que los compararía a un espejo de la memoria ancestral.

Pero cuando Hudson quiere evocar o se lo propone con franqueza, alcanza un poder de magia tan exquisito, que es comprensible que haya sido admirado por grandes escritores ajenos en absoluto a nuestro medio, sin cuya vivencia la obra de Hudson queda reducida a un decimal de su valor auténtico y cabal. En aquel episodio del cardenal cautivo, reencontrado cuarenta años después de haberlo visto muerto; de Bruno López, del "Ermitaño", de don Evaristo Peñalva, el patriarca de las pampas, de Basilio Barboza, el payador, de la sed y la lluvia en *Nature in Downland*, de toda *The Purple Land*, fragmento a fragmento, capítulo a capítulo, y de todos los cuentos de *El ombú*, esas notas finísimas que trae como referencias y citas (en lugar de las transcripciones de la erudición) para corroborar y enaltecer el relato, tienen una fascinación de *revenants*. Hudson está seguro del valor viviente de esas anécdotas, por eso las coloca con habilidad a lo largo de un tema cualquiera, a modo de pilares que han de sostener un puente.

Porque el recuerdo no es solo un proceso mental en él, la recapitulación de un





texto conservado en el cráneo igual que en un anaquel; es una reviviscencia somática, reanimada en las glándulas, la piel, la sangre, los nervios, el ponchito que siempre conservó. No es recordar, es revivir. Mas ese proceso vital de la memoria orgánica, fenómeno de trasplante en el tiempo, es la forma del recuerdo mental en Hudson; como otros recuerdan frases o teoremas, él reconstituye vivencias. En él están siempre vivos los materiales recogidos y no extrae un nombre, un rostro, el color de un plumaje, un gesto que la nutre (la madre, el atardecer tras un árbol con el sol dorado), sin arrastrar con ellos trozos enteros de la realidad como cuando se arranca una planta de raíz con la tierra que la nutrió. La reconstrucción de esas sensaciones de la tierra, del aire, de los árboles, de los animales, de los olores silvestres, de la luz, de los infinitos matices y coloración de los objetos minúsculos o colosales, pero casi siempre minúsculos, como en todo buen observador, sin prisas, es fiel en la pieza evocada en el lugar en que estuvo puesta cincuenta o sesenta años atrás. A sus ojos dotados por la naturaleza y el ejercicio de una milagrosa capacidad de captar y retener, de distinguir matices sutiles y apenas perceptibles



(como cuando describe el plumaje del gorrión), agregaba el poder y la proximidad de su prismático, eterno compañero de andanzas. Lograba de ese modo acercarse a los pájaros fugaces como si los examinara en la palma de la mano, y sorprendía así los menores detalles de sus movimientos, de su expresión (los ojos, las patas), de sus posturas o modalidades de incubar, dormir, alimentar a la cría; y así de cien mil observaciones mínimas en decenas de miles de horas de observación intensísima. Idénticas comprobaciones hechas con el oído y las yemas de los dedos, con todo el organismo, vigilante y absorbente, le permitieron reproducir con la palabra lo inefable. Con razón llegó a decir que el binóculo era de todas las invenciones del hombre la que más se asemejaba a una divina dádiva.

Tras ese trabajo de miniaturista y orfebre de la contemplación vino la reconstrucción, al examinar con microscópica prolijidad cada devota emoción, pieza conservada, las danzas o el miedo de los pájaros, el canto crepuscular del avestruz, la fiel servidumbre de la gallareta o del chajá, la picardía del armadillo, el carácter del puma, la biografía de la vizcacha (*sic*), los hábitos de cuantas aves conoció, en la agitación de vuelos migratorios, en todo lo que es bello, inteligente, vivaz. Así como podía distinguir más de un centenar de cantos de pájaros y hasta reproducirlos mentalmente, o el plumaje, o los movimientos, sin que interfirieran unos con otros, así el sabor, el tacto, o no sé qué efluvios que las cosas tienen para el que ha convivido con ellas muchos años, volvían a su alma quizá más ricos de emoción que en el momento mismo de aprehenderlos, por ese fenómeno de acústica que hace vibrar en resonancia la serie íntegra de los armónicos.

Cuando en Sussex o en Hampshire revelábales a los ingleses el mundo para ellos inadvertido de sus llanuras, no hacía otra cosa que revivir sus días de peregrinación a caballo (allá usaba bicicleta), cuando las cortaderas y los cardos llenaban el cielo de corpúsculos brillantes, y las vacas y los caballos pastaban o corrían al sol, y los muchachos gritaban al atardecer, después de la lluvia. En esas observaciones se

engarzaban los cuadros y las figuras maravillosos de sus páginas inglesas, palimpsesto donde la primera versión es aún perceptible.

Nuestras cosas no han tenido poeta, pintor ni intérprete semejante a Hudson, ni lo tendrán nunca. Hernández es una parcela de ese cosmorama de la vida argentina que Hudson contó, describió y comentó. Pues casi siempre en el mero retrato y en el cuento sucinto está la definición implícita. En las últimas páginas de *The Purple Land*, por ejemplo, hay contenida la máxima filosofía y la suprema justificación de América frente a la civilización occidental y a los valores de la cultura cátedra. “Una colonia de *gentlemen*” y “Mugre y libertad” representan dos ensayos de sociología sudamericana. Dicho final hace juego con el capítulo sobre el desierto de las pampas (en *The Naturalist in La Plata*), cuando compara la extinción de una especie de animales con el desastre que significaría la posible destrucción del Museo Británico o de la Biblioteca Real, y decide que es más irreparable la pérdida de esos seres que no serán reconstruidos jamás, porque encarnaban la belleza y la vida en forma y sentidos imposibles de recrear ni por Dios mismo, porque las obras de los cerebros y las manos aún se podrán hacer mejor.

No hay posibilidad de confundir las emociones de Hudson con las de ningún artista de cualesquiera tiempo y país: Hudson es nuestro, de aquí, un producto genuino del suelo y de las costumbres argentinas o sudamericanas. En tal sentido, *Green Mansions* contiene elementos autobiográficos tan ricos como *The Purple Land* o *Far Away and Long Ago*. Y no menos disimulado, Rima es Hudson, el mismo que en esta última obra se describe de diez años, tendido en la tierra para mirar volar los milanos o para refrescar su cuerpo después de larga cabalgata, o contemplando flamencos o ibis en laguna, con el frescor de la tierra fangosa en los pies, con el viento que le da en la cara, sintiendo el baño del sol, con el descubrimiento de la muerte o aspirando los aromas de la llanura libre. En una palabra, Rima y él son dos hermanos gemelos, mujer y hombre, hijos de la tierra, animalitos divinos sostenidos por las mamas de la naturaleza, la luz, el agua, las plantas y los seres irracionales, que pueden hablar con los pájaros y las víboras. Esa capacidad de vivir en la naturaleza como una planta o un animal, fiel a sus reclamos y estímulos, ni Thoreau los ha expresado con la sencillez y frescura de Hudson. Hasta este extraordinario filósofo de los bosques parece amanerado y literario ante nuestro coloso. De ahí que el arte del escritor en él esté supeditado a la vida y que no recurra jamás a las galas de la imaginación abstracta, sino a las sustancias de la realidad, viejo comedor de caracú. Tampoco busca la literatura ni el artificio en el arte ni en las letras. Cuando recurre a los poetas, y lo hace frecuentemente porque los conoce muy a fondo (y los necesita por lo regular para poner de manifiesto, según pensaba Sócrates, que los poetas ignoran paladinamente la poesía), tiene el tacto de tomarlos en sus versos significativos y no literarios. Por eso admira de corazón al

viejo Chaucer, a Shakespeare, a Keats y a muy pocos más, conociéndolos a todos. Aquellos tres genios de la poesía inglesa son también hijos de la tierra y del cielo, los cantores del hombre y de la naturaleza sin atavíos y sin retórica o por encima de unos y de otros.

Por las cualidades típicamente autobiográficas han interesado los libros de Hudson a escritores y gentes de habla y hábitos tan distintos de los nuestros, a pesar de que lo verdaderamente grande, que es lo mismo pero en su hábitat, solo nosotros, que no lo leemos ni lo entendemos, podríamos gustarlo.

Es significativo que la lozanía de las emociones y los recuerdos en Hudson se acentuaron en lo posible con la vejez por un fenómeno acaso común, pero que en él adquiere patéticos relieves. Hacia sus últimos años, él, que no había nunca dejado de ser un hijo de la pampa, y que vivía en caserones sin estufa ni calefacción en invierno, ni otros muebles que los indispensables, sin siquiera las comodidades ínfimas para un inglés (algo así como un rancho destartelado), notó que se le aguzaba el sentido viviente de lo que llevaba en su psique y en su sangre. No es caprichoso ni casual que en los postreros años hablara preferentemente en castellano y que lo prefiriera al inglés, el idioma de sus grandes triunfos. En inglés logró la gloria por esa maestría que comparte con Conrad, ese otro extranjero que usó como idioma de la madre el de su institutriz. Al fin, como él diría, volvió a la querencia.

Hijo de la pampa, careció de toda ternura sentimental, amatoria. Su ternura era para las cosas y los seres inferiores, para las piedras, los árboles, las flores, el viento o el calor. No podemos decir que haya sido un hombre de predominante actividad cerebral, ni mucho menos. Lo sabemos sin lugar a dudas. Pero hay una limpieza y una impresión de cotidiana higiene de gimnasta en su prosa, que proviene de que no ha cedido nunca a las persuasiones del amor carnal, que en definitiva emascula al artista o lo hipertrofia en la libido o, más taxativamente, en lo sexual. Pensando en Leonardo, admitamos que la sexualidad puede diluirse y aplicarse al goce de la naturaleza entera, en una especie de cósmico pecado de bestialidad, con lo que el apetito carnal desaparece pacificado e intensificado en la diversidad de sus incentivos; esto mismo debe afirmarse de Hudson, que, cualquiera haya sido la vida que llevaba como ciudadano de carne y hueso, el más terrestre y epicúreo, a su obra no transmitió sino esa vasta ternura, admiración y sabiduría leonardescas, no privadas de sensualidad, por cierto, sino, muy al contrario, sensualizadas en sentido pánico y casto en magnitud universal y total.

Para Hudson, el hombre es, ante y sobre todo, un animal superior susceptible de envilecerse en cuanto degrada a su condición zoológica o de desnaturalizarse en cuanto se eleva a su condición angélica. Ni el bruto ni el sabio son tipos humanos de mucho valor. Pero de los dos el bruto, si no se ha pervertido por la ignorancia (que se adquiere en cuanto se pierde contacto con la naturaleza y no se alcanza el

siguiente estadio de franca humanidad), está más cerca de lo que podría llamarse el tipo específico puro. Cuando Hudson habla de sí evita muy cuidadosamente que se sospeche siquiera que ha frecuentado las bibliotecas como el que más, que es un ser cultivado, que sabe con seguridad irrefutable eso que expone con la vaguedad del hombre de nuestro campo que jamás asevera ni que conoce el camino de su casa. No cuenta sino su formación en la niñez, en los años verdaderamente profucuos del descubrimiento deslumbrado del mundo. Es un animalito que reacciona a las impresiones del ambiente; no un estudioso, un lector, un chico que resuelve problemas difíciles de música, geometría o ajedrez, no, es un ser criado y fortalecido a la intemperie, del que puede salir cualquier cosa, quiero decir cualquier cosa buena. Solo tiene, en esa precocidad de sus sentidos artísticos, una condición de carácter científico: la necesidad de observar bien y de consignar por escrito sus observaciones, hábito que se origina en un suceso baladí, según el mismo nos cuenta. Los capítulos III y XVII de *Far Away and Long Ago* contienen toda su pedagogía, y en resumen Goethe y Tolstói también se han formado así y no en la escuela. Este es el material vivo que utilizará en sus posteriores trabajos de gabinete, vale decir en sus novelas escritas en Londres. Andariego y versátil como un pájaro, no necesitaba sino de sus múltiples sentidos para proseguir sus estudios, para captar la belleza libre de artificios que se da en los seres y las cosas de la naturaleza. Ante sí tiene la fabulosa realidad cambiante, renovada y siempre fiel a normas inmutables; el perecer y el renacer bajo un inexorable plan: el plan simple de la naturaleza y la complejísima y de verdad impenetrable estructura y *sensorium* de los seres, y los fenómenos a que la existencia y el ingenio de los mismos dan lugar. Nada escapa a su mirada de inquisidor, a sus tímpanos acostumbrados a examinar modulaciones, timbres y acentos hasta ese regreso ascético que consiste en preferir, por ejemplo, la modulación de la voz por la laringe al sonido de los instrumentos musicales, y que lo lleva a decir con inocente intrepidez que la langosta verde produce el sonido de mayor expresión entre todos los del mundo animal. Expresión de lo aparente, aun de lo accesorio, esa es una clave de su filosofía que no quiere argumentar. Hasta el movimiento a simple vista automático de un gorrión o el vuelo del batitú o de los patos que se ordenan en escuadra tienen en su diccionario de observador consciente acepciones de significado profundo y trascendental. Una pluma contiene, como la flor, ciencia y arte milagrosas, belleza y exactitud. Hay que descubrirlas sin conformarse con las explicaciones de los ornitólogos.

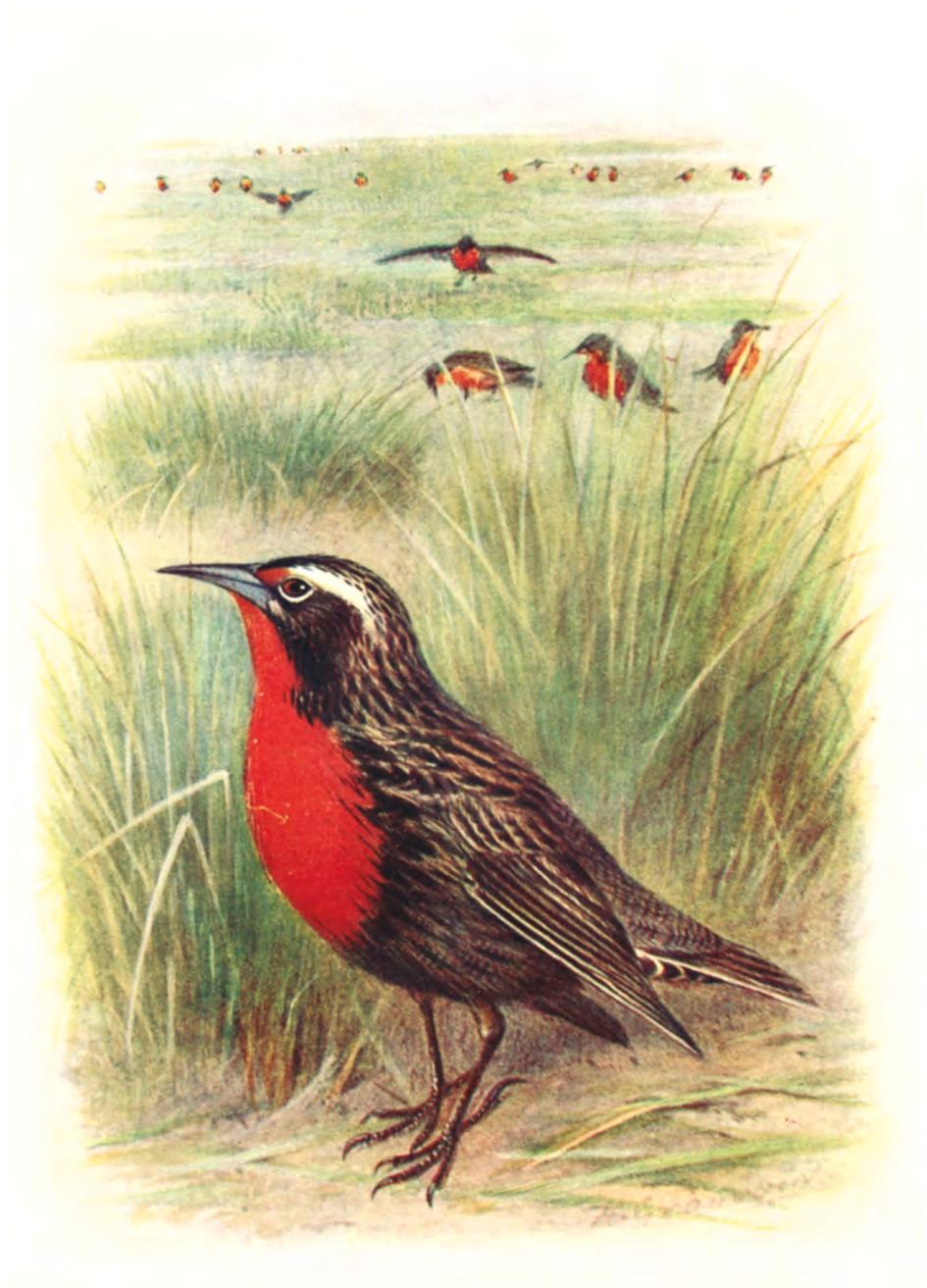


Así también su sabiduría y su saber especializado desaparecen bajo una ola inmensa y transparente de amor y asombro que todo lo cubre. Hay que desentrañar en sus páginas lo que contienen de observación científica con el más riguroso método empírico y lo que corresponde a la ciencia oficial que, sin ninguna duda, conocía tan bien como el más renombrado especialista de gabinete.

Sin embargo, hay en él siempre algo de herético, de naturalista que sabe infinidad de cosas que los sabios ignoran porque desdeñan pasar un día bajo la lluvia para observar el final de un episodio en la vida de un pichón, algo de montaraz y mucho de drogmán de la naturaleza que sabe ambas lenguas: la del ángel y la del animal con lo que vale ese saber áspero y reluciente del naturalista sistemático y nomenclador. Particularmente su saber sobre pájaros es tan cierto, vasto y honrado como el de Fabre sobre insectos. Y este es precisamente otro Homero en su género, quien más se le parece en esta particularidad de su genio, por su disimulo gentil de sus conocimientos de librería y de lupa. Más que los textos y manuales, que las monografías y teorías de los laboratorios, a los dos sabios importábales en grado sumo el hecho y el personaje vivos: el argumento, la acción, el diálogo y el actor.

Por eso las obras de Hudson y de Fabre solo interesan al lector inteligente sin profesión de fe y al especialista que ha superado el estudio en que la fórmula y el teorema tienen valor documental. Solo hombres como Einstein, Eddington, Russell, Dilthey, Driesch, Mach, Thoreau, Santayana y aquellos dos pueden hablar el lenguaje sencillo del ser humano culto, sin necesidad de recordarnos que la grandeza efectiva del saber se expresa mejor con signos matemáticos o con fórmulas técnicas. También la sabiduría de Hudson toma ese aspecto humilde de toda su obra, como filosofía circunstancial, a lo largo de los relatos y de los días. Está disimulada en cuentos y anécdotas, en observaciones sutiles, en artículos dirigidos a los hijos de los sabios especialistas, no a estos, en la oportunidad con que trae al tema un episodio o una cita de renombrado autor para darle sentido dentro de su trabajo o para refutarla sin encono, nunca para humillar al lector haciéndole bajar la vista al pie de la página.

No se puede, en Hudson, separar eso que en otros autores se llama filosofía de eso que en otros autores se llama estética, y hasta diría que tampoco la bondad puede aislarse, ni del conjunto de tales virtudes se puede juzgar, aparte del mérito de su prosa, similar al lenguaje cotidiano y coloquial. Tampoco se podría hacer esto en Platón. En el fondo, Hudson es un cuentista, poeta que ha vivido muchos años conforme a las normas de su propio ser y destino y ha aprendido a vivir exigiéndose a cada instante la honradez de ser exacto, el saber profundo de los filósofos antiguos, que no difiere de la ignorancia sino en que es completamente lo contrario. De filosofía hablan quienes lo han entendido mejor, leyéndolo con el cuidado que merece un autor que procede siempre descarnando sus temas, reduciéndolos a lo



esencial; de su belleza, quienes han penetrado a la rica fibra humana de sus personajes y de sus ambientes, combinados unos y otros con suma destreza. Extrañará que Galsworthy haya dicho: “Su verdadera grandeza y el extraordinario atractivo que ejerce son debidos a su espíritu y a su filosofía”.

Pero para unos y otros es bien sensible el método de construir sus obras Hudson, que resulta de lo que expuse ya. Su libro póstumo *A Hind in Richmond Park* es casi la revelación postrera del secreto de su procedimiento. ¿Qué es este libro? ¿Un tratado de psicología trascendental, metapsíquica, especie de fisiología vitalista de los sentidos, una monografía sobre ramificaciones extremas y colindantes de las psiques humana y animal, en esa zona fantasmal en que los bordes de la conciencia o de vida susurran como las olas en la playa; la existencia del océano inabarcable o el cuento de una cierva y de un observador que se divierte alarmándola? Es todo eso, naturalmente, mas el esqueleto se reduce a otra cosa: a la contemplación de un animal silvestre que está en cautiverio en un parque y que reacciona aún según sus sentidos puros a las notas de un ambiente perturbado por agentes para él incomprensibles.

Entonces se clasifican esas notas según tengan o no importancia para la defensa y esplendor de la vida, y todo el resto es digresión en torno de cada uno de esos limitados tópicos de la vida y sus defensas a través de los órganos creados por la naturaleza en cada ser.

Verdadero testamento de su concepción filosófica de los seres de la naturaleza a los cuales tanto amó y comprendió, y de las fuerzas todavía incógnitas a las cuales reaccionan, *A Hind in Richmond Park* es un libro misterioso, que por instantes se encorva hacia la sima del animismo o del pampsiquismo, pero que, sin duda, forma en las tinieblas del cosmos la vía láctea de esas fuerzas biológicas que recién se están vislumbrando, con las investigaciones de biólogos y psiquiatras que no tienen ya ni la superstición de la ciencia. Hombre como ninguno negado para lo sobrenatural —son sus palabras—, Hudson deja que su obra póstuma plantee ante nosotros, sin su ayuda, los problemas máximos de la metafísica como problemas sencillamente correspondientes a las ciencias naturales.

Sobre ese esquema y esa amplificación proyectivas, se entretejen anécdotas, no tomadas caprichosamente por su valor literario sino por su congruencia con el objeto del libro. Él mismo se pregunta, a medida que avanza en la exposición, si su libro tiene un plan, y naturalmente que sí lo tiene. Un plan y un atisbo que hacen pensar en otro ensayo curioso y audaz de Freud: *Más allá del principio del placer*.

Solo agregaré esta observación en materia tan ardua: hablando de los sentidos, Hudson supone que existen, además de los cinco, otros, como ya se ha leído muchas veces. Pero creo muy importante ese que él llama “sentido de la cosa en sí” (percibir el árbol como árbol, la tiza como tiza). Si este sentido nos da la intui-

ción sensible de la naturaleza y hasta de la muerte por la sensación de la tierra en el cuerpo, puede admitirse que exista asimismo a distancia. Acción a distancia o alcance de la actividad de los sentidos, ese es otro problema esencial del libro, de donde derivan el magnetismo, la orientación migratoria, la telepatía, etc. Todos los sentidos comunes serían sentidos de tacto (mínima distancia): el del tacto, que lo es por definición; sabor, olfato, oído y vista en grado cada vez mayor de poder a distancia. Entre el órgano y el objeto se va interponiendo espacio (¿y qué es eso?), y el órgano —fundamentalmente el gusto, o tacto trófico— adquiere una cualidad de función que se adapta progresivamente al contacto a distancia, hasta el ojo, que no tiene por qué ser el órgano de máxima posibilidad de contacto a través del espacio. Parecería ser, pues, que el ser entero fuera un órgano y un sentido que se han diversificado.

El mismo plan de *A Hind in Richmond Park* puede advertirse en cada obra de Hudson; un propósito muy noble y alto, sirviendo de eje invisible a infinitas variaciones de carácter poético, excepto cuando toma la forma neta y clásica de la novela o del cuento. También él fue una cierva en el Richmond Park y un gorrión en Londres, con la diferencia de que Dios le había otorgado juntas las más excelentes cualidades del ser humano.



Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964)

Escritor, poeta, ensayista, crítico literario y biógrafo. Dentro de su vasta obra, se destaca *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, ensayo publicado en 1956.





Guillermo Enrique Hudson,

un adorador de la naturaleza, un gran
escritor y un quilmeño universal

Por León Benarós

(publicado en revista *Quilmes. Ayer y Hoy*,
agosto de 1987)



El gran escritor argentino Guillermo Enrique Hudson nació en Quilmes, en la estanzuela Los Veinticinco Ombúes, el 4 de agosto de 1841, en día domingo. El lugar ahora ha venido a quedar situado en el partido de Florencio Varela y la casa natal se conserva, restaurada, próxima a la estación Bosques, en carácter de museo y parque evocativo. El rancho donde Hudson nació fue identificado en 1929 por un estudioso quilmeño: el doctor Fernando Pozzo, traductor de algunas páginas de Hudson, en colaboración con su esposa. En *Allá lejos y hace tiempo*, Hudson describe con nítidos recuerdos la casa natal.

¿Quién era Hudson? ¿Cómo era Hudson? Alguien que, sin duda, jamás pasaba inadvertido. Tenía algo de puro, de salvaje. Y algo de mágico. Parecía un hombre en estado “natural”. Sus reacciones por momentos eran bruscas, aunque sus maneras eran habitualmente gentiles.

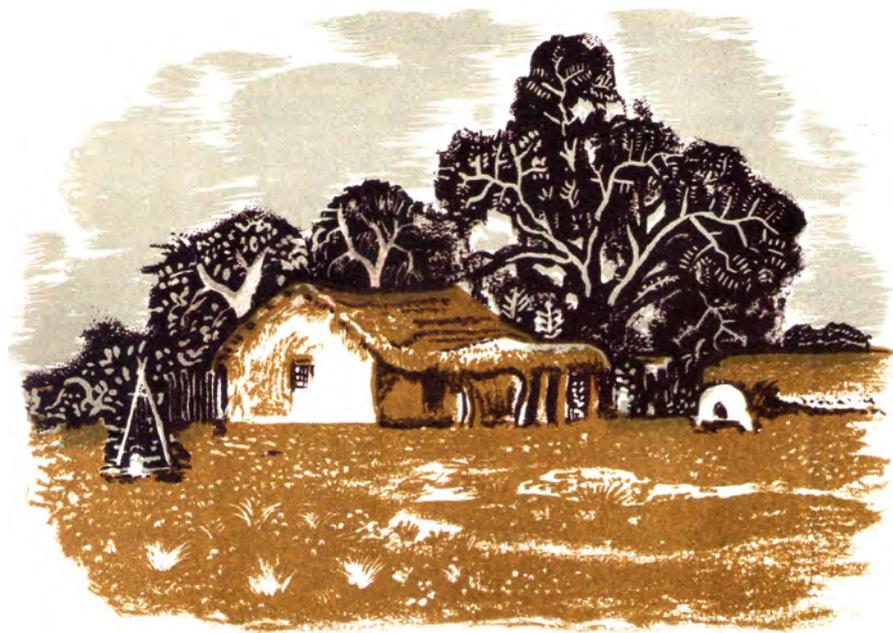
Tenía algo de puma encerrado, de criatura de la selva que se muestra celosa de su libertad. Y, sin duda, se le había encarnado el gaucho en su interior pues lo había captado en lo profundo, en su idioma y sus maneras, y aun en el sentido esencial de



la vida. Hudson es un sensitivo total, un hombre que parece poseer numerosos sentidos. Olores, sabores, ruidos, colores, llegan a él con especial intensidad. Está preparado para el milagro súbito. *Allá lejos y hace tiempo*, hermosa recuperación de la llanura pampeana —su cabal logro—, fue obra escrita como en un delirio. La de Hudson es una vida trabajada por calamidades y dolores que lo sellan. A los cuatro años, recuerda Luis Horacio Velázquez, sus hermanos Daniel y Edwin lo montan a “caballo” en un enorme perro vagabundo, Pichicho, y lo azuzan. El perro se dispara, lo voltea y Guillermo Enrique, “Dominguito”, cae y se rompe una pierna. A los ocho o nueve, sus encuentros con la serpiente o culebra negra, que no lo mordió ni lo trituró con sus anillos constrictores de acero. A los diez, en un simulacro de duelo gaucho, Edwin, con un facón, le causa una herida profunda, debajo del hombro derecho, de la cual conservará la cicatriz toda la vida. Tiene quince años; en una visita a Buenos Aires bebe agua contaminada y contrae el tifus. Le salva la vida la pericia de la madre, como única enfermera, velando día y noche durante quince días. A los dieciséis, apenas convaleciente, vuelta la familia empobrecida a su viejo hogar de Los Veinticinco Ombúes, al arrear una tropa de ganado bajo una lluvia tupida y fría y contra un viento de tempestad en pleno invierno, sufre una terrible mojadura y enfriamiento que le ocasiona fiebre reumática y le afecta para siempre el corazón. Los médicos lo desahucian, pero sobrevive, aunque quedará lisiado del corazón para toda la existencia. A los veintinueve años, se embarca en la ensenada de Samborombón rumbo al sur, en una extraña embarcación, larga y angosta, semejante a un navío de los vikingos. Al llegar a la costa de Patagones, chocan contra unos arrecifes y casi naufragan. Meses más tarde, a sesenta kilómetros tierra adentro del Carmen, en una cabaña de su amigo Ernesto Buckland, revisan armas de fuego, se le escapa un tiro de revólver y el cónico proyectil se le incrusta en la rodilla izquierda. Ante la hemorragia, su amigo lo venda, lo abriga y acuesta, cierra por fuera la pequeña vivienda por el peligro de los indios merodeadores y se va en busca de auxilio. Llega la noche de horas interminables; en la oscuridad, oye un ruido raro, inexplicable, como una sogas que cayera lentamente del techo; sin que él lo sepa, un ser extraordinario se ha introducido subrepticamente en su lecho para compartir el calor de la manta y de su cuerpo. Al amanecer llega su amigo, lo toma en sus brazos, lo levanta y cuando se incorpora sobre su pierna sana, ven deslizarse con espanto, del poncho caído en el suelo, una serpiente venenosa, la hora de la cruz. Ya en Inglaterra, sabemos las penurias que debe afrontar: hambre, pobreza, necesidades primordiales. De tanto en tanto le hostigan sus dolores al corazón. Les hace frente y se sobrepone a ello. A los sesenta y nueve años, en 1910, se tornan tan fuertes las punzadas al corazón, que debe interrumpir sus amados viajes y excursiones por el interior de las islas, a los pueblos del sur y oeste de Inglaterra. Ha llegado a los setenta y cuatro años. Es, en 1915, dueño de una vigorosa ancianidad,



a pesar de sus achaques reumáticos, viejas dolencias intestinales y la insuficiencia cardíaca. Una tarde de noviembre llega a las costas de Cornwall, quiere ir a ver aves, a despedirse de sus viejos amigos, los pájaros de invierno que parten en su emigración anual. El sol está muy hermoso esa tarde invernial; los colores del ocaso, hacia el Atlántico, le recuerdan aquellos atardeceres purpúreos de la pampa, ¡tan lejana!, hacia el oeste... Bien dice Shakespeare que “la puesta del sol y los postreros acentos de la música se graban con mayor fuerza en el recuerdo de las cosas remotas...”. No siente en sus espaldas el húmedo viento del mar que le cala de frío hasta los huesos; son muy fuertes esta vez las evocaciones del pasado, y ahí, sentado sobre esa roca a cuyo pie los lugareños algún día escribirán: “Aquí acostumbraba sentarse William Henry Hudson”, está sufriendo la misma expiación que Santos Ugarte mirando en la playa de Montevideo hacia Buenos Aires, largas horas sentado en las piedras... Cuando Hudson llega, ya de noche, a la casa de huéspedes, tiene fiebre. Y durante seis semanas, en ese hospital de Cornwall, se debate entre la vida y la muerte. Y vence otra vez. Joseph Conrad ha dicho de la vigorosa obra literaria y de su vida, que Hudson era un producto de la naturaleza y de ella tenía la fascinación y el



encanto. Sí, una vigorosa fuerza de la naturaleza, que tomaba bríos, como Anteo, al contacto con la tierra, su madre, y con las adversidades que enfrentaba, para multiplicar sus hazañas, pues aquella misma enfermedad le revela bruscamente, por un milagro, con una sorprendente claridad, los hechos del más remoto, del más olvidado pasado. Los escribe apasionadamente, reteniéndolos, antes de que huyan en su mismo lecho de enfermo, sostenido, para escribir, por almohadas... “Antes de que llegue el momento de abandonar las herramientas —escribe como un noble artesano— no me quedan más que recuerdos, y aquí estoy llevando algunos de mis días de juventud a un libro que tendrá cierto interés porque ofrece, en algún modo, una pintura de un país y un pueblo que comenzará a ser civilizado”, dice en una carta del 2 de noviembre de 1915. Va a cumplir una hazaña memorable para la literatura y para la historia literaria argentina... Recuperada su salud, entre sus manos queda el grueso manojo de manuscritos, que comienza a desbrozar. Rescata del olvido y para siempre cuarenta años de la vida rural del país de su nacimiento, y vence a la muerte.

¿Cómo era, físicamente, Guillermo Enrique Hudson? Joseph Conrad, admirado por Borges, escribe:

Ninguna personalidad me ha fascinado como Hudson. Su cara grande, morena, su conversación viviente, sus ojos llenos de magnetismo, la virtud de sus modales y cierto misterio en sus movimientos, cautivaban auditorio. Alto, casi gigantesco, se inclinaba hacia su interlocutor, para no ofender con su exagerada catadura. Hay un retrato de él, de 33 años de edad, cuando dejó las pampas. Tenía el cabello oscuro y abundoso, la barba corta y cerrada, la mirada algo ausente.

Antonio Alice recompuso, con varias fotografías, un excelente retrato; A. F. Tschiffely —el suizo que había realizado la extraordinaria hazaña de los caballos Mancha y Gato, de la que luego hablaremos— descubrió en Londres el retrato juvenil al que aludimos. Hudson es un adorador de la naturaleza. Tiene una especie de profunda religiosidad pagana. Siente latir la vida en todo. Atribuye cierto animismo a lo que lo rodea. No concibe el pájaro en cautiverio. Es inhábil para el trabajo físico y no tolera las tareas con horario, con ataduras a determinado régimen. Es un hombre absolutamente libre y también inmensamente tímido. Una timidez esquiva y, en el fondo, orgullosa de su pureza interior. No rinde homenaje al rico ni al poderoso. Inclusive, no se allana a visitar en la mansión suntuosa a algunos amigos de fortuna. Es pobre de bienes y rico en sentimientos. Cuando deja su tierra natal, tiene 33 años, como Cristo. Y comienza su espiritual crucifixión, porque comentará luego: “Mi verdadera vida terminó cuando dejé las pampas”.

El 16 de abril de 1874, Hudson dejó sus pagos quilmeños y se embarcó hacia Inglaterra. ¿Por qué lo hizo? Es fácil explicarlo. Le estaban robando ya su paraíso; sentía en sí la ausencia ineludible del paraíso perdido. No podía concebir la pampa cultivada, los productivos y prósperos campos sembrados con trigo, lino o girasol. Le horrorizaba el pensamiento de que alguien pudiera incluir en su menú la “polenta con pajaritos”. La idea de progreso no era compatible, en su sentir, con la destrucción de lo puro que en la naturaleza alienta. En el paquete inglés Ebro se embarca, pues, hacia Londres. Y aunque escribe en la lejana Inglaterra, su alma está en el lugar de sus recuerdos, viva y ardiente, en su casa de Los Veinticinco Ombúes. El modesto matrimonio norteamericano de los padres de Hudson habría llegado a Quilmes con algunos bienes, pues pudo adquirir la propiedad. Describamos la casa, tal como la vio el autor de *Allá lejos y hace tiempo*, libro escrito en inglés, pero pensado hondamente en criollo. En la traducción del doctor Fernando Pozzo y la señora Celia Rodríguez de Pozzo, la casa es vista así:

La casa en que nací en las pampas sudamericanas era muy apropiadamente llamada Los Veinticinco Ombúes, porque había allí justamente veinticinco de estos árboles indígenas de gigantesco tamaño; se encontraban ampliamente separados entre sí, formando una fila de más o menos cuatrocientos metros de largo. El ombú es verdaderamente un árbol singular, porque como es el único representante de la vegetación natural del suelo en aquellas niveladas planicies, y existen también muchas extrañas supersticiones relacionadas con él, equivale a un romance en sí mismo. Pertenece la rara familia *phitolaca* y tiene inmensas circunferencias que alcanzan a dieciocho o veinte metros en algunos casos. Su madera es tan blanda y esponjosa que se puede cortar con un cuchillo... Daba fresca sombra al hombre y a su cabalgadura en verano. A la par lo utilizaba el curandero, quien usaba las hojas para el paciente que necesitaba remedio activo para su mal. [...] Nuestros árboles, casi centenarios y muy grandes, como se encontraban sobre una elevación, divisábanse fácilmente a tres leguas de distancia.

A mediodía, en verano, el ganado vacuno y las ovejas, de las cuales teníamos gran número, acostumbraban descansar a su sombra. También a los niños, uno de aquellos corpulentos ombúes nos procuraba la más espléndida casa de juegos. A él solíamos llevar cantidad de tablones para construir seguros puentes de rama a rama, y al mediodía, cuando nuestros mayores dormían la siesta, reanudábamos nuestros arbóreos juegos, sin ser molestados.

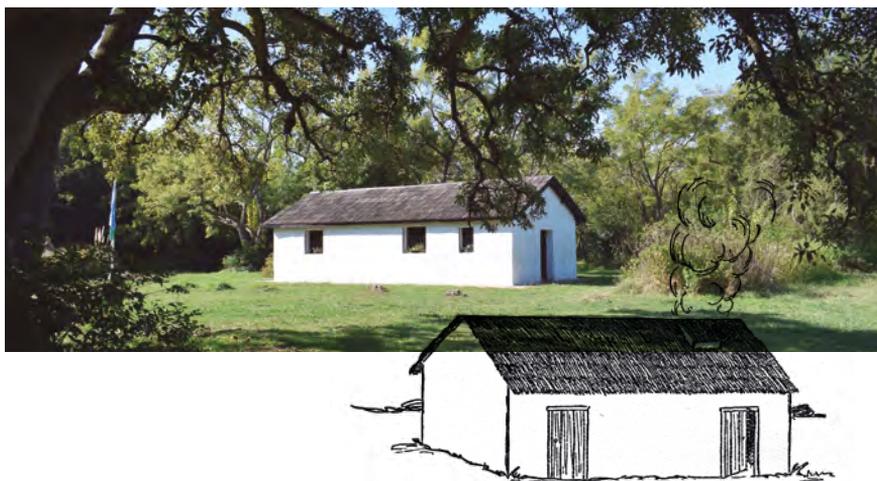
Además de los famosos veinticinco ombúes, crecía allí otro árbol de diversa especie, que se levantaba cerca de la casa, siendo conocido por el vecindario con la denominación de El Árbol, pomposo título que se le dio porque resultaba ser el único de su clase en aquella parte del país. Afirmaban nuestros vecinos criollos que no había otro de su especie en el mundo. Era un viejo árbol, grande y lindo, de corteza blanca, largas y suaves espinas del mismo color, y permanente follaje verde oscuro. Florecía en noviembre —que es allí tan caluroso como el mes de julio en Inglaterra— y se cubría entonces con borlas de diminutas flores como de cera, de color paja pálido y de maravillosa fragancia, que las suaves brisas del verano llevaban en sus alas a muchas leguas, por lo que el aroma enteraba a los vecinos de que la estación florida había llegado al “árbol”, que tanto admiraban, y los hacía venir a nuestra casa a pedir una rama para llevársela y perfumar con ella sus humildes viviendas.

Las pampas están en su mayor parte niveladas como mesa de billar, donde nosotros vivíamos, la comarca presentábase, sin embargo, ondulada, y nuestra casa hallábase situada en el plano de una de las más altas lomas. Delante de ella se extendía la gran llanura verde al nivel del horizonte, mientras que detrás del edificio caía el terreno abruptamente sobre un ancho y profundo arroyo que se volcaba en el Río de la Plata, a distancia de cerca de dos leguas al este. Este arroyo con sus tres viejos sauces colorados en los bordes constituía fuente de inagotable placer para nosotros. En cualquier momento que bajáramos a jugar en sus orillas, el fresco y penetrante olor de tierra húmeda nos producía un extraño y excitante efecto, llenándonos de salvaje alegría. Puedo aún ahora recordar esas sensaciones, y creo que el sentido del olfato (que parece disminuir cuando envejecemos, hasta llegar a ser algo de tan escaso valor que no pareciera ser llamado sentido) es casi tan agudo en los niños como en los animales inferiores, y cuando ellos viven en plena naturaleza contribuye tanto a su placer como la vista o el oído. He observado, a menudo, que los niños pequeños que son llevados de un alto nivel a otro bajo —de tierra húmeda— dan rienda suelta a brusco y espontáneo júbilo, corriendo, gritando y rodando sobre los pastos, exactamente como cachorros, y no me cabe duda de que el fresco olor de la tierra produce su alegre excitación.

Hudson vive hasta los cinco años de edad en Quilmes. Luego se traslada con su familia a Chascomús, donde, en la estancia Las Acacias, transcurre parte de su

adolescencia. Regresa ulteriormente a Quilmes. Parte, como sabemos, a Inglaterra. Publica toda su obra en inglés. ¿Puede ser considerado como un escritor argentino? Indudablemente lo es, por su contenido y su espíritu.

En 1918 aparece *Far Away and Long Ago* (*Allá lejos y hace tiempo*), una de sus obras más hermosas y en directa relación con el mundo quilmeño de su infancia. Hay precisión y desnuda belleza en la descripción de la llanura en las distintas estaciones del año.



El cambio que el verano producía en la llanura empezaría en noviembre; el muerto pasto seco tomaría un color pardo amarillento; los cardos gigantes, un herrumbroso tono marrón oscuro y durante la estación desde noviembre a febrero, el monte de la estancia, con su sombra y su follaje de profundo y perenne verdor, sería un verdadero refugio sobre la tierra chata y amarilla. Era entonces cuando las corrientes iban gradualmente secándose, los días sedientos comenzaban para los rebaños y manadas, y alrededor de nosotros la constante ilusión engañosa del espejismo.

La indagación de Hudson es profunda, gozosa, vital. Entra a la naturaleza como a un templo. Pero un templo en el que no hay solo recogimiento, sino también regocijo.

Aún hoy experimento un estremecimiento, o quizá fuera mejor decir el fantasma de un estremecimiento, cuando recuerdo el desahogo que sentía en mí mismo, aunque yo no era tan apegado al caballo, tan parasitario como el gaucho, después de esos fuertes pamperos que arrasaban los cardos. Era un raro placer correr y galopar con mi caballo sobre las anchas y oscuras extensiones de llanura, oír sus fuertes vasos quebrando los vacíos y secos tallos que cubrían por millones la tierra, como los huesos de innumerables ejércitos de enemigos desaparecidos. Era una extraña especie de alegría, un sentimiento que se mezclaba con una pizca de satisfecha venganza para proporcionarle un agrio sabor.

Allá lejos y hace tiempo es un hermosísimo caleidoscopio pampeano. Las imágenes se suceden con maravillosa nitidez. La pintura de los diversos estados del paisaje pampeano es no solo color, sino que parecería acompañada con la alusión a sabores, a misteriosos ruidos, a tonos que solo un oído privilegiado es capaz de captar, a una familiaridad gozosamente cómplice con las maravillas y los misterios de la naturaleza.

Vigilábamos el brotar de las hojas; después de los sauces, los álamos, tan queridos. Mientras abrían constantemente y las hojas eran aún de un color amarillo verdoso, el aire estaba impregnado de su fragancia. Pero yo no estaba satisfecho con esto y trituraba y frotaba las pequeñas hojas frescas en mis manos y en mi cara, para apresar el balsámico y delicioso perfume en su total intensidad. Y de todos los árboles, después del duraznero, los álamos parecían sentir la nueva estación con la mayor fuerza, pues parecían que ellos experimentaban la luz del sol como yo mismo, y que lo expresaban en su fragancia, como los durazneros y los otros árboles en sus flores.

¿Es espontáneo el estilo de Hudson? Joseph Conrad dijo de él que escribe “como crece la hierba”, es decir, con igual mágica espontaneidad. Sin embargo, hay trabajo de pulimento detrás de esa apariencia. Roberto Cunninghame Graham, gran amigo del autor de *El ombú*, reflexiona:

Al leer su prosa límpida y hermosa, ella parecía tan fácil como el vuelo del cóndor, meciéndose sobre los picos andinos. Pero no era así; pues sus manuscritos están tachados y retachados, rayados e interlineados, demostrando que aun cuando pudiera haberlos escrito primeramente sin mayor esfuerzo, él había dedicado tiempo y labor para pulirlos y embellecerlos.

Hudson murió en Londres, el 18 de agosto de 1922.

Hasta 1924, era casi un desconocido entre nosotros. En tal año, llegado al país el poeta hindú Rabindranath Tagore, manifestó que tenía mucho interés en conocer una tierra que un gran escritor argentino, Guillermo Enrique Hudson, había descrito, pintando sus verdes llanuras.

Fue para muchos una sorpresa y una incógnita. Es cierto que Martín Doello Jurado había traducido ya, para una revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, una página de Hudson, correspondiente a *Un naturalista en el Plata*, y en 1916 la *Biografía de la vizcacha*, pero Hudson seguía siendo entre nosotros casi un desconocido.

Con todo, el diario *La Nación*, de Buenos Aires, comenzó a publicar, desde el 11 de enero de 1884, “La confesión de Pelino Viera”, aunque sin indicación de traductor. “Escrita en Londres por un argentino —explica una gacetilla preliminar—, su argumento se desarrolla en Buenos Aires...”. A Luis Horacio Velázquez se debe el haber descubierto este olvidado texto hudsoniano.

Hudson es ahora conocido y admirado en nuestro país. Su rancho natal es objeto de visitas y homenajes. Con justicia, puede decirse que Quilmes ha dado al mundo, con Hudson, a uno de los más grandes escritores de nuestro tiempo.



León Benarós (1915-2012)

Poeta, historiador, abogado, folklorista, crítico de arte y pintor. En su prolífica obra periodística escribió al menos cuatro artículos sobre Hudson, en diversos medios, siendo el que reproducimos el más extenso.





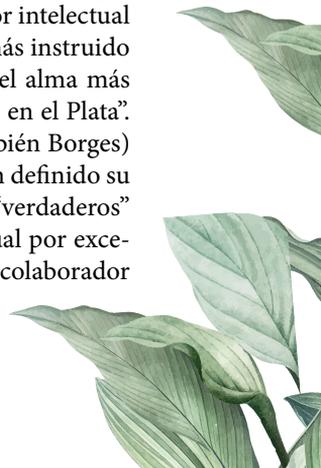
Ricardo Güiraldes, al igual que Hudson,
exponente de la literatura gauchesca.

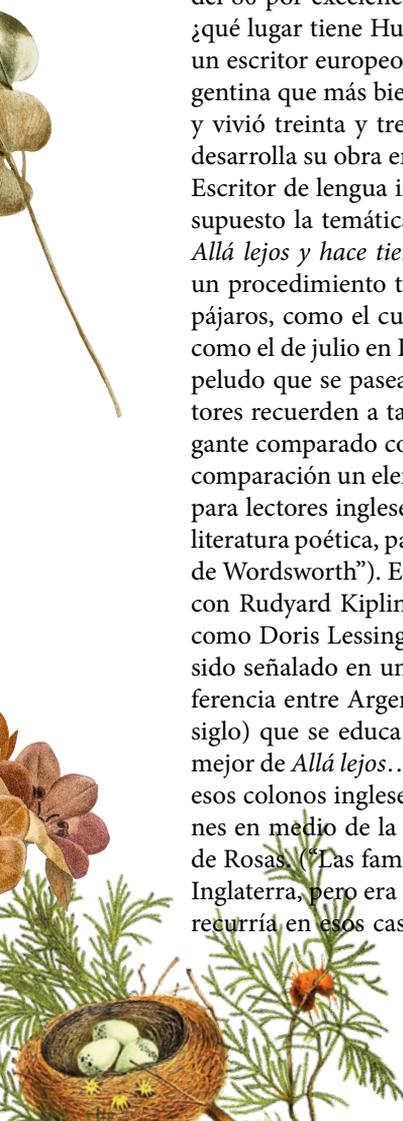


Hudson: ¿un Güiraldes inglés?

Por Emilio Renzi (Ricardo Piglia)
(publicado en *Punto de Vista. Revista de Cultura*,
año 1, nro. 1, marzo de 1978)

Hay una larga historia de intelectuales europeos asimilados por la cultura argentina. Pedro de Angelis, Paul Groussac, Amadeo Jacques, Charles de Soussens son algunos de los nombres de una compleja tradición de intelectuales extranjeros que se integran y llegan a cumplir funciones a menudo decisivas en distintos momentos de nuestra historia. Preguntarse por esa función, preguntarse cómo fueron integrados, qué lugar ocuparon, cómo influyeron en la literatura argentina es un modo de entender los mecanismos de una cultura que, definida desde el principio por la oposición entre civilización y barbarie, tuvo en el europeísmo, en el cosmopolitismo, una de sus corrientes principales. Corriente que se superpone en nuestro país con la historia de los intelectuales y a la que Sarmiento sintetizaba en 1848 al definir así al que consideraba el mayor intelectual argentino de la época: “Es Florencio Varela, en efecto, no el hombre más instruido que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza más culta, el alma más depurada de todos los resabios americanos. Es el europeo aclimatado en el Plata”. Y si los escritores argentinos (Echeverría, Sarmiento, Cané, pero también Borges) se han definido por su relación con Europa y en más de un sentido han definido su función como la de “aclimatar” en el Plata las ideas europeas, estos “verdaderos” europeos encarnaban y condensaban a menudo la figura del intelectual por excelencia. No es casual que el italiano Pedro de Angelis, experto en Vico, colaborador





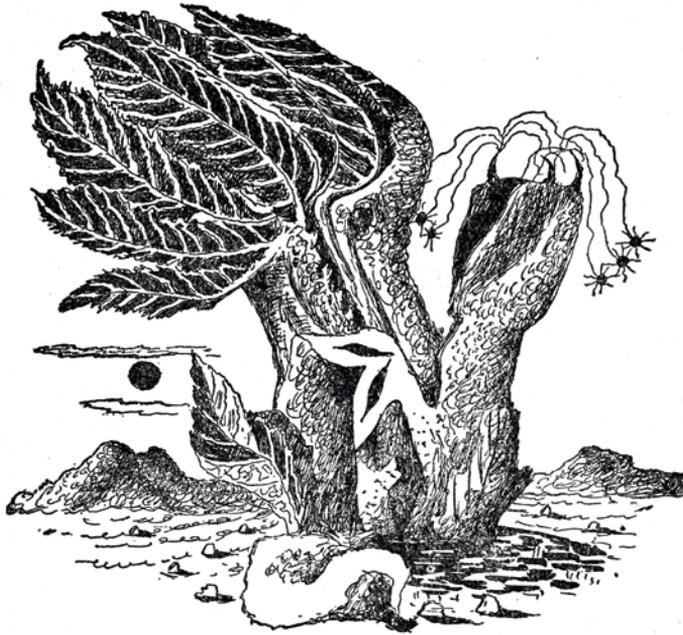
de la *Revue Encyclopédique*, amigo de Michelet y de Destutt de Tracy, fuera el intelectual orgánico del rosismo, el encargado de sistematizar el aspecto europeo, ilustrado y liberal de la contradictoria política ideológica de Rosas; del mismo modo que no es casual que fuera un europeo, Charles de Soussens, versión acriollada y un poco paródica de Paul Verlaine, el que encarnara de un modo ejemplar y hasta sus últimas consecuencias la ideología de la bohemia literaria en la Argentina modernista de comienzos de siglo. En cada caso venían como a cristalizar y a sintetizar, en tanto europeos, la figura modelo del intelectual argentino. En este sentido no hay caso más representativo que el de Paul Groussac, porque sin duda el intelectual del 80 por excelencia es Groussac y no Cané, ni Mansilla, ni Wilde. Ahora bien, ¿qué lugar tiene Hudson en esa tradición? ¿Habría que considerarlo, también a él, un escritor europeo “aclimatado en el Plata”? Esa no es la opinión de la crítica argentina que más bien (Hudson nació en Quilmes, en una familia de origen inglés, y vivió treinta y tres años en Argentina) lo considera un escritor argentino que desarrolla su obra en Europa. Esta asimilación parece un poco abusiva.

Escritor de lengua inglesa, Hudson es un europeo que escribe para europeos. Por supuesto la temática de alguna de sus obras es argentina, pero basta analizar en *Allá lejos y hace tiempo* el sistema de analogías y comparaciones para encontrar un procedimiento típico, por ejemplo, en los viajeros ingleses. (“Esos renegridos pájaros, como el cuclillo europeo”; “Florecía en noviembre, un mes tan caluroso como el de julio en Inglaterra”; “Yo solía ver, hace muchos años, un inmenso sujeto peludo que se paseaba por el parque St. James. Puede ser que algunos de los lectores recuerden a tan excéntrico personaje: les aseguro que era realmente un elegante comparado con mi ermitaño”). Hudson utiliza siempre como término de la comparación un elemento familiar al lector europeo. Pero no solo escribe en inglés para lectores ingleses: de hecho, Hudson se define como escritor inglés (“Nuestra literatura poética, particularmente desde la primera aparición de las *Lyrical Ballads* de Wordsworth”). En este sentido habría que emparentarlo, antes que con Conrad, con Rudyard Kipling. Como Kipling (o para tomar un ejemplo contemporáneo, como Doris Lessing), Hudson es un escritor nacido en “las colonias” (y como ha sido señalado en un análisis clásico de la economía europea, no había mucha diferencia entre Argentina y la India en sus relaciones con Gran Bretaña a fines de siglo) que se educa y vive en una cerrada comunidad inglesa. Por de pronto, lo mejor de *Allá lejos...* es justamente la reconstrucción de la vida y las costumbres de esos colonos ingleses que tratan de preservar su cultura, su lengua y sus tradiciones en medio de la agresiva realidad de la campaña bonaerense durante la época de Rosas. (“Las familias más prósperas enviaban a sus hijos para seguir estudios a Inglaterra, pero era muy costoso y nuestra situación económica no lo permitía”: se recurría en esos casos, para garantizar una educación inglesa, a preceptores que,

como el memorable Mr. Trigg, “erraban a caballo por las pampas, visitando a los colonos ingleses, escoceses e irlandeses, criadores de ovejas en su gran mayoría, pero evitando todo contacto con los criollos”). La vida de esos colonos no se diferenciaba demasiado de la de otros súbditos ingleses asentados en las distintas regiones del mundo hasta las que llegaba el comercio británico y sus “avanzadas del progreso” al decir de Conrad. Como Kipling, Hudson utilizará su experiencia en esos lugares exóticos para elaborar una literatura a tono del lector europeo de la época. Esas regiones de África, Asia o América Latina, todavía libres del efecto “destructor” de la civilización industrial donde la sociedad parecía mantenerse en estado de naturaleza, conservaban para la mirada europea toda la atracción del misterio y de la inocencia. Pero esta nostalgia del estado de naturaleza (que no casualmente Hudson la identifica con la niñez, con la libertad, con el paraíso perdido y con la memoria mágica del “país natal”), este culto a la simplicidad primitiva del mundo natural opuesto a los artificios y la corrupción de la vida urbana, también se había convertido en esos años (por otras razones) en una de las ideologías básicas de la cultura argentina.

Momento clave en nuestra historia intelectual, se produce una inversión en la tradicional dicotomía entre civilización y barbarie. Porque si desde Sarmiento, Echeverría y Alberdi, la barbarie había sido el desierto, la pampa, el primitivo





mundo rural en guerra con la ciudad y con la civilización, hacia fines de siglo la ciudad, invadida por los inmigrantes, asolada por “los bajos intereses materiales” y por las luchas sociales, pasará a ser la metáfora negativa y hostil de una sociedad en transformación en la que están en peligro las pautas tradicionales.

Correlativamente la pampa, el gaucho, el pasado rural se transformarán en el paraíso perdido donde se conservan los valores de una Argentina secreta y esencial. En ese marco se producen las primeras traducciones de Hudson y su asimilación a una tradición de la literatura argentina, en el interior de la cual es leído y comentado. Es significativo, en este sentido, que Borges haya sido el primer escritor argentino en escribir un ensayo sobre Hudson. En *El tamaño de mi esperanza*, libro de 1926, dirá que en Hudson “está claro y terminante un dilema que exacerba Sarmiento con su gritona civilización o barbarie y que Hudson resuelve sin melindres, tirando derechamente por la segunda. Esto es, opta por la llaneza, por el impulso, por la vida suelta y arisca, sin estiramientos ni fórmulas, que no otra cosa es

la mentada barbarie”. Se trata, por supuesto, de otro Borges: el Borges de la década del veinte, populista, yrigoyenista, defensor de “la criolledá”; el Borges que resume el clima intelectual que dará como resultado mayor el *Don Segundo Sombra*. *Don Segundo Sombra* (novela a la que, por otro lado, Borges emparenta con *Kim de la India* de Kipling) donde aparece, como en Hudson, la exaltación de la vida natural asimilada con el relato de iniciación, la nostalgia de una mítica Edad de Oro identificada con el fin de la infancia y también una mirada fascinada, un poco turística, de las costumbres rurales.

Si De Angelis es el reverso pero también la figura complementaria de Echeverría durante la época de Rosas; si Groussac es una especie de doble perfeccionado de Miguel Cané; si Soussens es la contracara de Lugones (y en este caso habría que tener en cuenta la presencia y el papel mediador que entre los dos cumple Rubén Darío); si Gombrowicz (ese polaco vagamente apócrifo también aclimatado durante largos años en el Plata) es el reverso de Borges, o mejor, se define en el *Diario argentino* como el reverso de Borges, ¿habrá que decir que Hudson es un Güiraldes inglés? No sería inútil releerlo desde esa perspectiva, esto es, pensar sobre todo en el contexto en que su obra comenzó a ser traducida entre nosotros y sus libros asimilados e integrados en la literatura argentina.



Ricardo Emilio Piglia Renzi (1941-2017)

Escritor, crítico literario y guionista. Realizó varios artículos sobre la importancia de la identidad lingüística en Hudson, quien además fue uno de los vehículos literarios de su novela *El camino de Ida* (2013).





El insoslayable Hudson

Por Juan Sasturain
(publicado en la contratapa de *Página/12*,
15 de octubre de 2012)

William Henry (Guillermo Enrique) Hudson nació y murió en un mes de agosto. Dos agostos (*augusts*) muy distintos y distantes.

En 1841 era invierno y hacía mucho frío en Los Veinticinco Ombúes, una estancia chica pegada al arroyo Las Conchitas, en lo que es hoy parte de Florencio Varela y era por entonces plena pampa argentina. No había ni alambrados. Acechaban, disfrutaban los indios, sobraban el cielo y los pájaros; gobernaba Rosas, conspiraba el trágico Lavalle y el desencantado Echeverría escribía —sin pudores ni expectativas de publicación— los exabruptos de *El matadero*. Y todavía faltaba para que un con pelo Sarmiento describiera eso que pasaba en términos de civilización y barbarie.

En 1922 —un poco más de ochenta años después— era verano y hacía calor en Londres, una de las esplendorosas, fatigadas capitales del mundo. El rumor de los automóviles que entraba por las ventanas abiertas de la melancólica Tower House, en el equívoco Westbourne Park, cubría el rumor de los acorralados pájaros ciudadanos. En la edición del *Times* no cotizaba ni importaba la remota transición de Yrigoyen a Alvear, pero sí campeaban las esgrimas del Parlamento y las tensiones de una Europa malherida de primera posguerra. Mientras Eliot publicaba *The Waste Land*, corregida por Pound, en los estantes de la biblioteca se enfilaban libros nuevos del penúltimo Conrad, *El cuarto de Jacob* de Virginia Woolf.





Entre esos dos mundos —dos espacios, dos tiempos, dos culturas absolutamente diferentes—, separados por una distancia que solo podía acortar la zancada de un bruto tierno, salvaje imponente de casi uno noventa de estatura, se movió Hudson, el imprescindible.

Y en realidad, físicamente, se movió una sola vez: vivió treinta y tres años de corrido acá —se fue en 1874, en el Ebro: tres meses de navegación Buenos Aires-Southampton— y nunca más volvió; vivió casi cincuenta años también de corrido en Inglaterra. Está enterrado allá y pertenece, con todo el poder y la gloria, a parte de la mejor literatura inglesa de la extraordinaria cosecha del primer cuarto de siglo.

Como escritor, es rarísimo. Para clasificar, digo. Y tardó, muy tardó. Hudson siempre —incluso en los treinta años largos que vivió en su patria (hijo de norteamericanos emigrados, clase media rural)— se expresó por escrito en inglés. En su casa había solo libros ingleses y estudió (no demasiado) junto a sus cinco hermanos, todos argentinos como él, con maestros ingleses que iban a las estancias.

Y si se acercó a la escritura fue desde la vocación de naturalista. Describir/escribir lo que veía y tenía a mano fue siempre —en las dos orillas— su vida: la naturaleza, las costumbres, los sucesos, los bichos, los pájaros sobre todo. Empezó escribiendo eso, enviando desde este confín del mundo a las publicaciones científicas de Londres noticias (con el cuero incluido...) de sus hallazgos ornitológicos, describiendo especies que no estaban en los libros que conocía. Hasta que detrás de esos informes se fue él. Nunca publicó una línea aquí, mientras vivió en el país.

Ya en Inglaterra, tardó mucho tiempo en encontrar su lugar. Recién en 1885, más de diez años después de haber hecho pie en la isla, publicó su primera novela, *The Purple Land that England Lost* (*La tierra purpúrea que Inglaterra perdió*), reducida con el tiempo a *La tierra purpúrea. Aventuras de un joven inglés en la Banda Oriental durante las guerras civiles*, que elogiaría luego, acaso excesivamente, Borges. No le fue bien. Tampoco con otros intentos de ficción narrativa. Y recién en 1892, con algo más de cincuenta años y tras muchas penurias, al publicar *The Naturalist in La Plata* (*El naturalista en el Plata*), consigue el tono, el tema y la manera propia



y convincente y, junto con eso —por fin—, la atención, el reconocimiento y el éxito editorial y literario.

Durante los siguientes treinta años —hasta su muerte— Hudson escribió y publicó casi sin pausa y con increíble energía una veintena de libros. Algunos pocos son de ficción, como la novela *Green Mansions (Moradas verdes)* —ambientada en las Guayanas que no conoció y al estilo de las historias aventureras de Rider Haggard— o los famosos cuentos rioplatenses reunidos en *El ombú*, que incluyen el que le da título, “El niño diablo”, “Marta Riquelme” e “Historia de un overo”. Tienen momentos excelentes, pero en general no se lo nota cómodo inventando ficciones y personajes. Aunque se ubica —para el lector inglés del momento— en la línea de los narradores que traen a cuento la experiencia exótica de vida y ambientes, como Kipling o Conrad —con quien tiene tanto en común en ese sentido—, Hudson no es un novelista de raza. Pero sí es —sin contradicción— un notable, amenísimo narrador.

Y esa cualidad se pone de manifiesto en el resto de sus libros de este último y prolífico período. Se trata de originales textos híbridos en los que combina la descripción de sus observaciones puntuales de la naturaleza y del comportamiento animal



(sobre todo los pájaros) en zonas rurales y urbanas, con el relato de anécdotas y sucesos, pintura de personajes, evocación de ambientes e inesperadas reflexiones al paso.

El resultado es habitualmente extraordinario: a veces el libro es el decantado de sus andanzas a pie o en bicicleta por ciudades, campiñas, bosques y aldeas inglesas —entre otros: *Birds in a Village*, *Birds in London*, *Hampshire Days*, el memorable *A Traveller in Little Things*—; otras veces son artículos diversos en que el ambiente y el tema saltan a ambos lados del Atlántico —*The Book of a Naturalist*; *Adventures among Birds*—; y, finalmente, están aquellos textos dedicados específicamente a la tardía y luminosa evocación de los años de su infancia y juventud en la Argentina: *Idle Days in Patagonia* (*Días de ocio en la Patagonia*) de 1893, que reconstruye su viaje a la zona del valle de Río Negro y alrededores poco antes de abandonar su patria, y sobre todo el tantas veces citado y reeditado *Far Away and Long Ago* (*Allá lejos y hace tiempo*), publicado en 1918, en un rapto de luminosa evocación. Convaliente de una dura enfermedad, el viejo Hudson recuerda, en su retiro londinense y setenta años después, los pormenores de su primera infancia, aquella vida plena que le reveló de una vez y para siempre la verdad casi mística de la comunión con la naturaleza. No hay muchos libros como este en la literatura universal.

En la Argentina, Hudson se ha traducido casi todo y con fervor, pero ya hace tiempo y no siempre bien. Acaba de aparecer, por primera vez, una versión de *Inglaterra de a pie* (*Afoot in England*, de 1909) y no hace tanto su inteligente biógrafa y difusora Alicia Jurado tradujo *Ralph Herne* (1888), una curiosa novela publicada en folletín ambientada en Buenos Aires durante la epidemia de fiebre amarilla. Ella, la

Jurado, y el torrencial Martínez Estrada —coincidiendo poco o casi nada— le han dedicado textos imprescindibles.

La antología de su obra que publicó Losada en 1946 venía acompañada de juicios críticos y de valoraciones —a veces superlativas— de sus escritores coetáneos (e ingleses): el amigo “Don Roberto” Cunninghame Graham, Edward Garnett, John Galsworthy, el mismo Conrad (“Hudson es una fuerza de la naturaleza”) y algunos más. Lo elogió D. H. Lawrence y también se trató con el otro, el de Arabia. Cuando Jaime Rest prologó *Allá lejos y hace tiempo* para la edición de Fausto, le agregó un sutil texto de Virginia Woolf sobre ese extraño personaje que —al decir de Edward Thomas— “para ser un naturalista inglés comenzó por hacer una cosa excéntrica: nació en América del Sur”.

Hudson es, para nosotros, un autor insoslayable. Más allá de falaces chauvinismos —si es “nuestro” o “de ellos”: es obvio que pertenece a la literatura inglesa—, su mirada y experiencias únicas y el testimonio personal riquísimo que ha dejado en textos luminosos sobre una época y ciertos ambientes de nuestra patria lo hacen de lectura imprescindible. Acaso porque les tuvo que contar/describir un mundo a otros que no sabían de qué se trataba, acaso porque literalmente estaba extrañado de un pedazo grande de su (mejor) vida, acaso por eso supo mostrar como nadie lo que tantos tuvieron delante y no atinaron a ver.

Que en eso reside, entre otras cosas, su grandeza.



Juan Sasturain (1945)

Escritor, periodista, guionista de historietas y conductor de TV. Fue jefe de redacción de las revistas *Humor* y *Superhumor* y director de la revista *Fierro*. Actualmente es el director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno.





El gorrión de Londres

Poema de Guillermo Enrique Hudson, traducido al español
por Eduardo González Lanuza y publicado en el diario
La Nación el 17 de agosto de 1941.

Cien años me parece que hace que te perdí,
¡maravilloso mundo de los pájaros!
¡Oh, pájaros benditos que revuelan,
zorzal de pico de oro que trina dulcemente
tras las lluvias de abril,
mística voz del cucú en la espesura,
y pico carpintero de los campos oreados,
y sobre todos ellos, remontadora alondra
por quien el cielo azul palpita en éxtasis!
No solo en esta isla; más allá de los mares
que la circundan, lejos vuela, rauda memoria
a más brillantes tierras, y recuerda
a la paloma y a la golondrina,
y la garrulería de los loros
en los templados bosques,
y los vastos pantanos encantados
donde moran el ibis y el flamenco.

Y es de esos mundos de donde he venido
hasta este triste Londres que ahora habito
[contigo,
¡ah, gorrión!, y a menudo no me queda
otro amigo que tú en mi soledad.
Como el desesperado prisionero en su celda,
oye cantar al grillo y su chirrido
lo hace olvidar al sol y a la alegría.
¡Oh, callejero, nómada y alado
pájaro polvoriento, pequeño basurero,
tu solo nombre ya enfurecería
al ambicioso bardo;
triumfal contar esta victoria!

Porque yo he conocido a los monarcas
y a los gloriosos nobles de tu raza
—humilde y ruin embajador tú eres—

los pájaros de crestas imperiales
y purpúreos vestidos de espléndida escarlata,
blancos cisnes nupciales,
y miles de tanagras vestidas de arco iris.

¿Cómo pudiste renunciar a tus fueros?
¿La libertad del bosque donde había
fuentes para tu sed, sabrosas frutas,
has cedido por esto? ¿Y largos años
de voluntario exilio de la dulce Natura,
has vivido nutriéndote de mohosas migajas?
¡Oh, innoble pájaro!,
prisionero en atmósfera sombría,
desoladora, todo lo ennegrece,
eres como moneda ya ilegible
aun para el anticuario más astuto.
Has perdido las marcas que señalan tu clase,
el brillo que te dio Naturaleza,
nebuloso y confuso aun para el ornitólogo,
eres, pájaro ambiguo, una cosa ofensiva.
A veces a mí mismo me enoja tu organillo
que hace volar todos mis pensamientos,
y hasta te entregaría a la justicia.
No tienes el recato de tu especie
ni la veneración hacia el hombre temible,
bullanguero insolente, enhollinado,
eres para el artista
el deshollinador entre los pájaros.

Rudamente te hablo
con libertad de amigo, y sé que, sin embargo,
yo te amo, gorrión, y son tus voces,
para mí que he vivido en tierras del verano,
sensibles portadoras de alegría,
como aquel que pasea solitario
y al caer de la tarde escucha el canto
del petirrojo, en soledad de invierno.
¡Oh, mi perdida Musa! Si aún perdura
tu espíritu después de largo olvido,

debes agradecerlo
a este fiel bienvenido visitante,
cuyo pequeño silbo se destacó
entre la discordancia de los ruidos,
como la flor que en primavera brota
entre las rocas desoladas, para alegrar mi
[exilio.

y hacer sonar de nuevo mi ya antiguo
y mohoso instrumento, el que antaño tañía;
y cantaré al gorrión mi último cántico,
aunque bajo mis dedos den las cuerdas
un extraño sonido;
el del tiempo que todo lo transforma.

Alta y jovial suena tu voz al alba
entre escasos y débiles sonidos,
antes que sordos truenos subterráneos
a sacudir comiencen a las casas,
y se llenen las calles de tránsito ruidoso.
Ya da tu voz su bienvenida al día.
¡Pero a qué día!
Sucio y triste su rostro
envuelto entre neblinas incoloras y heladas,
se agazapa con pasos silenciosos
por las oscuras calles solitarias.
¿No se parece acaso como hermana y
[hermana

a la pobre mujer cuyas mejillas
ostentan su miseria, ya tristes y arrugadas
por las lluvias nocturnas
bajo los arcos del amargo puente?
¿Cómo puedes, gorrión, dar bienvenida
al día tempestuoso,
desde este tu refugio en la ventana,
o allá en las chimeneas,
cambiadas por las ramas que susurran al
viento,
bajo las tejas que el hollín ensucia,
preferidas al toldo de las hojas?

Sube hediondo vapor de las sórdidas casas
en vez de la fragancia de las flores.
En cambio, de los bosques estrellados
esta desolación que espanta,
este desierto de edificios rígidos
sucios de humo, que el espectro habita
de la miseria. Y las vetustas torres
de nubes y de piedra
las casas gigantescas, y castillos
de desesperación, iluminados
por vacilantes luces.

¿Cómo puedes, gorrión, dar bienvenida
a día tan impuro?

No se siente el zorzal de garganta de oro
más gozoso que tú, cuando despierta
allá en su oscuro bosque, y en la hora
en que las hojas tiemblan y susurran
ante el fragante hálito
de la mañana de ojos azulados.

Jamás el día llega sin que yo te bendiga,
valeroso gorrión, fiel eslabón viviente
que con pasado inmemorial nos liga.

¡Oh, alegre corazón de casa melancólica!

En mil lúgubres años,
guardián de jubilosas tradiciones,
heredaste la gloria de la naturaleza,
de la Inglaterra siempre alegre. Nunca
de tu osada elección te arrepentiste.
Compañero del hombre, desde siglos
en el Londres sombrío, desde el tiempo
en que los cuartos bajos de techumbre
se llenaban de aroma de estivales praderas,
donde gozosos niños voceaban,
recogiendo los lirios que flotaban
como flota entre los juncos
espantando a las tímidas zancudas.

Al despertar por la mañana, cuando
aun refracta el embrujo del ensueño

la luz de la conciencia,
oigo tu suave voz —murmullo de agua,
o viento entre los árboles antiguos
que la luna ilumina—
y me salgo a vagar con pies ligeros.
Yergue el ciervo ante mí su cornamenta
entre oscuros helechos espantado,
se abren ante mis ojos ilimitados páramos,
y busco allí a la límpida mañana
inmaculada de rocío, y huyo
a otra región buscando su llegada,
andando entre palmeras que se yerguen
inmóviles pilares,
de catedral inmensa y blanquecina.

¡Hija del sol, sagrada,
alza hacia ti mi corazón,
dulce mensajera del alba!

Se apagan las estrellas,
caigo desvanecido al borde del sendero,
y me oprime el incienso que se levanta
de miles de silvestres flores
porque ya todas saben mi venida.

¡Mirad cómo se alzan
inmensas entre nubes y neblinas
las temibles montañas!

Con incorpóreos pies por ellas trepo
hasta encontrar al muerto dios del Inca.

¡Oh, gloria que te acercas velozmente,
no me ciegues con dardos inefables!

Despierta en mí de nuevo
la sagrada pasión de lo pasado,
durante largo tiempo ahogada en sangre
por ignorar espíritus,
que a los que te adoraban destruyeron.

Me siento desmayar, en ti sostenme
o llévame otra vez hasta la tierra.

Mis pies sienten apenas la nube giratoria,
¿o es que tocan aún en la terrible
cima del mundo? Lejos,

allá abajo se mueve
el oscuro azulado del océano,
alzan sus olas crestas refulgentes,
¡Jubilosa la tierra solitaria!
¡Ríen los ríos!

Las colinas ceñidas de boscaje
coronadas de nieve se levantan
con una eterna majestad desnuda;
se han envuelto en la púrpura y el oro
alegres porque vienes.

¡Ya se desvaneció mi sueño, cuando
el esplendor del sol me enceguecía,
dejándome esta pálida, esta espectral
[mañana!

Con mi sueño te fuiste,
¡oh, mi alegre recuerdo!, y en tu huida
llamas a tus parleros camaradas
tal vez de otro soñar inspiradores,
desde techos envueltos entre nubes,
para volar con ellos
en rumorosa lluvia de gorriones,
a tomar en las calles el febril desayuno,
sin temor al barullo que allí atruena.
Eres como el petrel intrépido y errante
que conoce la furia
y la desolación del océano,
meciéndose en sus olas tumultuosas,
Como él, cosechador de quien nadie hace
[caso,
vuelas hacia el futuro,
y tú serás de la Naturaleza
el único testigo del instante
postrer, en que el murmullo
de los pasos humanos vaya disminuyendo
en las ruinas del mundo,
hasta morir en el silencio eterno.



Eduardo González Lanuza
(1900-1984)

Periodista, poeta y escritor argentino de origen español. Colaboró en las revistas *Proa* y *Martín Fierro*. Recibió el Premio Nacional de Poesía. Realizó la traducción de este poema de Hudson, publicado por primera vez en castellano en el diario *La Nación* en 1917.



OBRAS DE G. E. Hudson



1884

1885

1887

1892

1893

La confesión
de Pelino
Viera

La tierra
purpúrea

Una edad de
cristal

Un naturalista
en el Plata

Fan. Historia
de una niña

Días de ocio en
la Patagonia

La tierra purpúrea. Su primera novela, ambientada en Uruguay a fines de la década de 1840, relata las aventuras de Richard Lamb por la Banda Oriental en medio de la guerra civil entre blancos y colorados, y recorre el país describiendo las costumbres de la época.



**Pájaros
británicos**



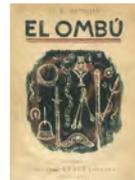
**Pájaros en
Londres**



**La naturaleza
en las dunas**



**Los pájaros y
el hombre**

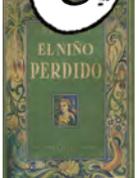
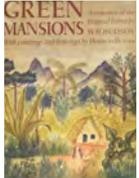


**El ombú y
otros cuentos**



**Días de
Hampshire**

El ombú. Nicandro, el protagonista, narra la historia de su vida y los encuentros que ha tenido con personas notables de la campaña bonaerense. Un cuento clásico del folklore argentino, acompañado por otros relatos cortos como "Marta Riquelme" y "La confesión de Pelino Viera".



1904

1905

1908

1909

1910

1913

Mansiones verdes

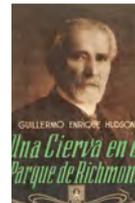
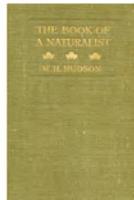
El niño perdido y poemas

El fin de la Tierra

A pie por Inglaterra

Vida de un pastor

Aventuras entre pájaros



Allá lejos y hace tiempo

Pájaros de la ciudad y la aldea

El libro de un naturalista

Un vendedor de bagatelas

Una cierva en el Parque Richmond (obra póstuma)

Allá lejos y hace tiempo. Novela autobiográfica que escribe a la edad de 79 años, mientras transita una enfermedad. Recuerda su niñez en la pampa y nos brinda un fresco de la vida y la naturaleza de la provincia de Buenos Aires. Libro de lectura de las escuelas primarias durante la década de 1950 hasta principios de 1970.



Presidente de la Nación

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura

Tristán Bauer

Director de la Biblioteca Nacional

Juan Sasurain

Subdirectora de la Biblioteca Nacional

Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica

Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural

Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa

Roberto Arno

Coordinación de la exhibición y compilación de textos: Carlos Fernández Balboa. **Diseño:** Silvina Colombo, Valeria Gómez, Silvana Truant y Tatiana del Río. **Montaje:** Valeria Agüero, Ezequiel Gallarini, Juan Manuel Argüello, Jonathan Anzotegui y Andrés Girola. **Producción:** Martín Blanco, Pamela Miceli, Karina Lorenzo y Fernanda González. **Edición:** Departamento de Publicaciones.

Áreas de la Biblioteca Nacional que intervinieron en la muestra y el catálogo: Dirección Nacional de Coordinación Cultural, Dirección de Producción de Bienes y Servicios Culturales, Departamento de Diseño Gráfico, Departamento de Exposiciones y Visitas Guiadas, Departamento de Infraestructura y Servicios, Departamento Libros, Departamento de Preservación, Departamento de Publicaciones.

Agradecimientos: Museo Histórico Provincial Guillermo Enrique Hudson.



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO



Ministerio de Cultura
Argentina





BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO